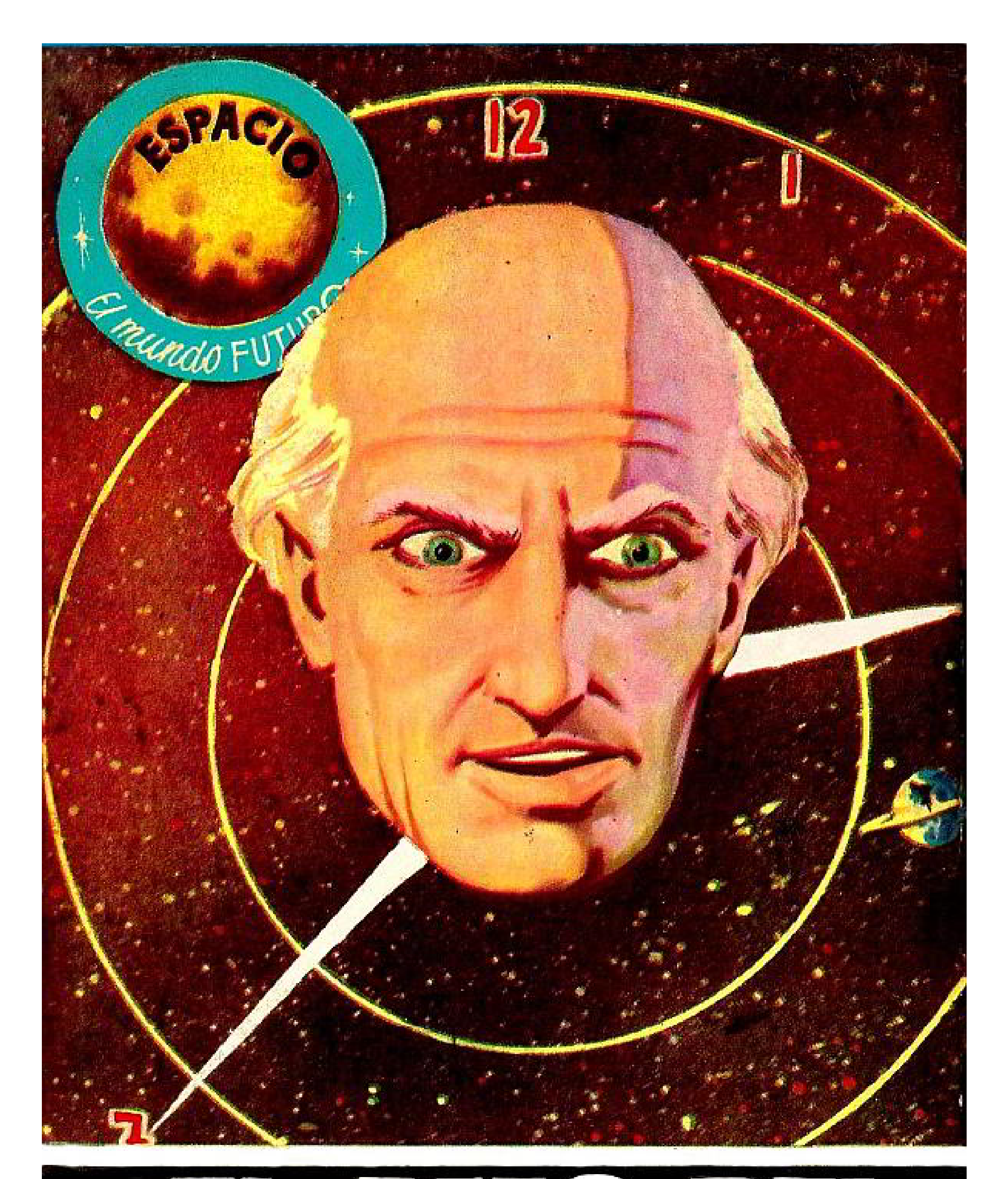


EL AMO DEL TIEMPO

JOHNNY GARLAND

El marciano emergió del plato volador al abrirse la escotilla circular con un chirrido alucinante.

Su piel era de un tono extraño. Azulada y escamosa. El rostro recordaba una mezcla indescriptible de rana, hombre y culebra. Las manos podían pasar por las extremidades de un pato, pero con un azul espectral. La pistola que sostenía era alargada, de complicada forma y metal rojo brillante.

El extraño ser del platillo emitió unes sonidos chirriantes y rápidos. Su mano armada se movió ágilmente.



Johnny Garland

El amo del tiempo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 234

ePub r1.0
LDS 02.12.18

Título original: *El amo del tiempo*
Johnny Garland, 1960
Cubierta: Editorial Toray
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



IGUAL QUE UN PRÓLOGO

I

I520 antes de Jesucristo.

—Es una hermosa obra, señor. Quizás la más hermosa de todos los tiempos…

—Te excedes en las alabanzas, Tamak. Es ana obra del hombre. Y como tal, hermosa. Porque los hombres sabemos crear maravillas si ponemos inteligencia y decisión en ello.

—Señor, no todos los hombres poseen vuestra inteligencia y decisión, sin embargo.

—Tamak, me estás adulando. Y eso no me gusta. Soy demasiado grande, demasiado poderoso para necesitar de adulaciones.

—Cierto, señor. Excusad sí os molesté. No era mi propósito.

—Está bien, Tamak. Quedas excusado. Yo, Ramsés II, te perdono. Pero no vuelvas a alabarme desmesuradamente. En realidad, nadie siente las cosas buenas que dice de los demás. Sólo las mal intencionadas son sinceras. Las otras obedecen a un oscuro afán de adular para obtener algo.

Su interlocutor dijo:

—Señor, sabéis que vuestro leal consejero Tamak nunca pensó tal cosa.

—Mientes de nuevo al decir eso. —Los ojos profundos y graves del gran faraón de Egipto estudiaron con frialdad a su interlocutor bajo las enormes bóvedas rocosas del templo de Abu Simbel, en Tebas—. Si repites tus disculpas, haré que te corten la lengua por embustero. Retírate, Tamak.

El consejero, servilmente, se inclinó con una profunda

reverencia. Retrocedió, siempre con la cabeza inclinada, hasta dejar sólo a Ramsés II en su enorme obra, tallada en la roca viva, Sólo en el centro de aquel alarde de la construcción egipcia de la XIX dinastía faraónica.

El faraón avanzó a través de las grandes naves, donde las luces de aceite proyectaban las gigantescas sombras de las divinidades egipcias. Rha, Apis, Isis, Osiris y Anubis entre otras muchas tallas ciclópeas, erguíanse con su extraña mescolanza de hombres y animales, simbolizando los diferentes dioses de Egipto.

Ramsés II, el hombre que había hecho la guerra a los hititas durante más de quince años, el faraón capaz de crear, de diseñar y dirigir la construcción de obras y monumentos como aquel de Abu Simbel, como el Ramesseum, en la propia Tebas, como la Sala de Columnas de Karnak, que se añadiera al Templo de Amenóthep III en Luxor, como la reconstrucción de la ciudad de Tanis, parecía singularmente pequeño entre la grandiosidad de su propia obra.

Sin embargo, para su pueblo era Ramsés el Grande. El amo y señor de vidas y haciendas, el conductor militar, político y espiritual de sus gentes. El elegido por los dioses para dar vida y prosperidad al gran imperio egipcio.

El gran hombre sentíase fatigado. Hastiado de aduladores y falsarios, de hipócritas como Tamak, capaces de sonreírle y de llenarle de alabanzas. Capaces después, si se presentaba la ocasión, de conspirar contra él, de maquinar cualquier asechanza para aniquilarle, guiados por sus bajos instintos.

Caminó hasta la gran terraza columnada del fondo. Asomaba al valle, a la ciudad de Tebas, esplendorosa en la distancia, Y a las grandes alturas rocosas, a las canteras donde miles de esclavos extraían los mármoles y preciadas piedras para crear monumentos y obras arquitectónicas que Ramsés estaba seguro de perpetuar para una eternidad. Obras que no sólo sobrevivirían a su creador humano, sino quizás al propio pueblo que las realizó, quizás a aquella misma civilización egipcia que las presagiaba ahora.

—Cuando vaya a morar a la Región Eterna de los Dioses —susurró Ramsés, sentándose pensativo en una de las grandes balaustradas de la terraza—, estas obras me sobrevivirán. Pero yo deseo algo más. Espero que mi tierra, en un futuro remoto, sea la misma que es hoy. Que sus templos y monumentos, si llegase un día

Egipto a perder su poderío, continúen existiendo, anunciando al mundo lo que fuimos. Y advirtiendo de lo que podríamos volver a ser. Sólo los pueblos grandes son capaces de hacer esto. Y mi pueblo es un pueblo grande…

El guerrero, el político, el estadista, respiró con fuerza. Parecía como si algo sobrenatural dictara sus palabras. Como si fuera capaz de ver más allá del presente. Más lejos del hoy maravilloso de su tierra, para intuir un mañana vulgar, sin el esplendor del poderío faraónico.

Estaba poniéndose el sol. Era un disco rojo, hundiéndose tras las edificaciones de Tebas y sus laderas rocosas. Los campesinos regresaban a su vivienda por los senderos inmediatos. Ramsés contempló todo aquello con una tristeza indefinible en sus profundos ojos inteligentes y agudos.

Hubiera querido inmovilizar aquel momento. Hubiera deseado que ese instante fugaz y prodigioso no se desvaneciera. Las gentes egipcias, de retorno al diario laborar, las mujeres, con sus odres hacia los pozos, a recoger agua fresca. Los niños, levantando polvo en las calles de Tebas con sus juegos. El salpicado de color de la guardia faraónica, en torno al templo de Abu Simbel. Y aquel disco grana solar, descendiendo perezoso en el cielo, hacia su lecho nocturno, de estrellas y de luna, tras una neblina dorada, que era el vapor caliginoso que subía de la ardiente tierra egipcia hacia las alturas.

Pero todo su poder era poco para tal cosa. No podía dominar el tiempo ni las cosas hasta ese punto. Incluso Ramsés II, el Grande, señor de todo el Egipto, era demasiado débil en su poder, para inmovilizar la paz, la serenidad y hechizo de aquella hora en el transcurso inmutable de los tiempos…

—Sé lo que pensáis señor. Y es imposible… al menos para vos.

Se volvió brusca, violentamente. Estaba solo, pero no era miedoso. Ramsés nunca tuve miedo a nada. Ni siquiera ahora, sin su guardia lo bastante cerca para auxiliarle sí aquel intruso tenía intenciones agresivas.

La mano firme y nervuda del Faraón, empuño la espada, desenvainándola. Centelleó la hoja, herida por la luz poniente. Los ojos del gran Ramsés centellearon, al interrogar abruptamente que había hablado tras él:

—¿Eh? ¿Quién eres tú? ¿Cómo osas llegar hasta…?

Enmudeció Ramsés. Contempló con expresión aturdida al recién llegado, sin decidirse a darle a su espada un giro violento contra él. Estudió al ser que veía ante sí, como si el propio Isis se hubiera materializado de súbito ante él.

—¿Quién eres? —repitió, con muy distinta entonación—. ¿De dónde vienes?

El otro sonrió. Se inclinó ligeramente ante Ramsés. Pero se daba la extraña circunstancia, de que su movimiento, con ser cortés y solemne, no era servil, como aquellos que estaba habituado a ver el Faraón ante su augusta presencia. Frunció el ceño, sin comprender.

—Soy un viajero que acaba de llegar a Egipto, señor —dijo con su voz reposada y profunda aquel hombre. Hablaba con humildad, pero en cambie parecía transpirar su persona un sorprendente halo de energía, de autoridad—. Y no puedo por menos de admirar todo aquello que vuestra mente ha creado. Todo aquello que las generaciones venideras, a lo largo de miles de años, contemplará con estupor y devoción.

—Hablas de forma extraña —observó Ramsés—. ¿Cómo llegaste hasta aquí, sin que mi guardia te viese?

—No me fue difícil, señor —sonrió el otro—. Mi paso es ligero y callado. Y he venido por un lugar que vuestra guardia no puede controlar.

—¿Cómo? ¿Pasadizos secretos en el templo? ¡Yo no he ordenado su construcción!

—No son, exactamente pasadizos secretos —sonrió el hombre—. Dejemos eso, señor. Preguntabais quién soy. Y os lo voy a decir.

—Eso espero. Habla. —Ramsés, al tiempo de apremiarle, estudió su aspecto físico. La extraña indumentaria. Aquel traje ceñido al cuerpo, de un raro material verde brillante; el casco metálico, de igual color, que cubría la cabeza, arrogante y enérgica. Las manos, con guantes de una materia transparente que el faraón no viera jamás. Y, sobre todo, aquel cinturón blanco, ancho, repleto de extraños botones, y con una funda blanca, en cuyo interior había algo abultado y sólido, que no podía imaginar lo que fuese.

—Veréis, señor… —Se acercó a él unos pasos. No parecía agresivo. Pero Ramsés no abandonó su espada, a pesar de ello—. Vengo de muy lejos. Tanto, que jamás podríais vos llegar al lugar de

donde yo procedo… si no fuera en mi compañía, y utilizando los medios que yo poseo.

—Así, pues, ¿no eres egipcio?

—No, poderoso faraón. No soy de esta tierra, aunque hable vuestra lengua. En realidad, hablo todas las lenguas del mundo. Mi sabiduría es muy grande. Pero no existe el ser humano perfecto… todavía.

—Los dioses designan al faraón como el ser perfecto, extraño —advirtió fríamente Ramsés, irguiéndose—. ¡Yo soy perfecto!

—Perdonad, señor. Pero no sois tal. Ni yo tampoco. Sin embargo, espero serlo algún día. Por eso estoy en Egipto. La grandeza se ha de buscar allí donde esté. Y vos, señor, sois un símbolo de grandeza. Creo que en la Historia del Mundo simbolizaréis la energía, el valor y la realeza.

—Hablas en forma cada vez más singular, extraño. Y aún no sé tu nombre…

—No importa eso mucho, gran faraón. Pero puedo decíroslo, si realmente os intriga. Llamadme Kronos-Kahn.

—¿Kronos-Kahn? Jamás oí nada parecido…

—Las cosas que yo pueda decir no se parecerán, posiblemente, a ninguna de las que oísteis antes. Lo mismo dijo el Gran Alejandro de Macedonia, en el año en que ataco Persia, y aún no había atacado Egipto…

—¿Egipto? ¡Nadie ha atacado Egipto, que se llamase de ese extraño modo… Alejandro! ¿De dónde sacas tales cosas?

—Oh, excusad —el singular personaje de ropas verdes sonrió, agitando una mano—. A veces, confundo un poco los hechos… No podéis saber eso, señor. «No aún…». Fueron vuestras palabras las que me recordaron a ese hombre, grande como vos, sin duda, en otro terreno distinto. Grande como César, como al Corzo… Pero disculpad. Tampoco conocéis a esos otros. Son nombres que se relacionan todos con vuestra tierra hermosa y grande de Egipto…, pero de un modo muy especial.

Hubo una breve pausa.

—Bien, Kronos-Kahn. Me éstas pareciendo un vulgar charlatán disfrazado de extraña manera —habló Ramsés con aspereza. Blandió su espada con energía—. Si no dices cosas más lógicas y sensatas, haré llamar a mí guardia, y ordenaré tu ejecución por

loco.

—Podéis hacerlo —sonrió Kronos—. Pero confío en vuestra inteligencia para que no hagáis tal. Deseo mostraros algo, Y si ordenáis mi muerte, sería imposible hacerlo.

Ramsés preguntó:

—¿Qué vas a mostrarme? ¿Algún encantamiento? Si es así, perderás el tiempo. Mis hechiceros y sacerdotes saben trucos maravillosos, capaces de asombrar al más astuto e incrédulo de los hombres… No trates de competir con ellos. Perderás el tiempo. Y puedes perder también la cabeza si estoy de mal humor.

—La cabeza… Me asustáis, señor —sonrió el extraño—. Pero, en cambio, no creo que yo pueda perder el tiempo. El tiempo es algo que jamás he perdido. Jamás, gran faraón…

Ramsés le interrumpió.

—Me empiezas a aburrir, forastero —el gran monarca egipcio bostezó sin reparos—. Vete. No quiero ordenar tu detención. Pero vete. Tu propia audacia te salva en esta ocasión. Sin embargo, otra vez que quieras verme, pide antes audiencia.

—Lo haré, señor. Se inclinó profundamente. —Pero no creo que esa segunda ocasión se presente. Viajes como éste, no pueden realizarse con frecuencia. Fatigan… agotan mucho la humana naturaleza, señor.

—No me importa tu fatiga, charlatán. Vete. ¡Vete! ¿Me oyes? —Agitó un brazo musculoso, que hizo flamear su capa dorada. Se dispuso a girar sobre sus talones, volviendo hacía la terraza de columnas asomada a Tebas y a la puesta de sol. En el templo de Abu-Simbel, la luz solar era ahora roja, violenta, casi irreal, Envolvía a las figuras de los dos interlocutores, como en un extraño baño de claridad fantástica.

—Os he oído, señor. Y me voy —habló Kronos-Kahn, con voz reposada—. Pero quisiera llevaros conmigo en éste viaje. Será por poco tiempo, estad seguro…

El Faraón estalló.

—¿Estás loco? —Ramsés alzó su espada, que pareció una llama viva, al reflejar la sangrienta luz del crepúsculo—. ¡Fuera de aquí, insolente… o yo mismo te atravieso con mí espada! ¡Fuera!

Kronos-Kahn dijo:

—Os obedezco, pero vendréis conmigo. Queréis o no, gran

Ramsés. Ni siquiera el ser faraón, dueño y señor de todos los egipcios, os puede servir para rechazar la invitación de Kronos-Kahn…

Los ojos de Ramsés centelleaban, coléricos. Pere los entornó, ante la violencia con que la roja luz solar se reflejaba en las ropas del desconocido. Y, sobre todo, en su cinturón blanco. Cada botón, cada circulo de aquel extraño cinturón, parecía despedir luz a raudales, chispas y fulgores que cegaban al mirarlos.

La voz de su extraño visitante sonaba, remota, en sus oídos:

—Venid… venid conmigo al lejano lugar de donde he venido… Venid, poderoso Ramsés… Sois el único invitado que falta a la Gran Fiesta de los Tiempos… ¡Venid, oh, gran señor del Egipto milenario!…

Sentía algo extraño.

No supo qué le ocurría. Era como si la luz, de repente, fuese roja niebla Y como si él, el hombre más poderoso de la Tierra, flotara en esa niebla, indefenso y torpe, como un pequeño muñeco inarticulado.

En esa misma vorágine escarlata y brumosa, sus pensamientos, su voluntad, sus energías todas, fueron absorbidas por completo hasta no ser absolutamente nada…

Ramsés no podía saber en aquel preciso instante, que la gran sala de columnas del templo de Abu-Simbel, en Tebas, se hallaba desierta.

Que allí no había nadie.

Que ni el extraño del traje verde ni él estaban ya allí, erguidos el uno ante el otro.

Cuando el sol se hundió tras las laderas rocosas que albergaban la gran ciudad de Tebas, la luz crepuscular reveló el interior del templo, desierto.

«Igual que moscas para los niños
traviesos,
para los Dioses somos todos… Ellos nos matan para
su diversión…».

(El Rey Lear, acto 2.º. Escena primera).


El AMO del TIEMPO

Capítulo primero

Nueva York, 1961



El marciano emergió del plato volador al abrirse la escotilla circular con un chirrido alucinante.

Su piel era de un tono extraño. Azulada y escamosa. El rostro recordaba una mezcla indescriptible de rana, hombre y culebra. Las manos podían pasar por las extremidades de un pato, pero con un azul espectral. La pistola que sostenía era alargada, de complicada forma y metal rojo brillante.

El extraño ser del platillo emitió unes sonidos chirriantes y rápidos. Su mano armada se movió ágilmente.

El hombre erguido ante el disco volador, retrocedió, lleno de horror. Aquel paraje tenía algo de demoníaco en la luminosidad rojiza de la tarde, las siluetas peladas de los árboles, los fríos perfiles de las montañas situadas al fondo, y aquella tierra abrupta en la que al posarse el plato volador había creado una reacción

térmica tan poderosa, que subía un vapor tenue al torno a la metálica forma circular.

—¡No dispare! —chilló el hombre—. ¡No dispare, por el amor de Dios! ¡No voy a hacerle nada! ¡Nooo!…

La angustiada negativa se le ahogó en la garganta. El marciano azul disparó, a pesar de todo.

De su pistola roja escapó un chispazo deslumbrante, de un vivo color cárdeno. El hombre chilló y se retorció, bañado por la luz cárdena que parecía causarle un terrible e incontenible dolor. Luego, cayó de bruces, y quedó inmóvil.

El marciano cloqueó, satisfecho, con una expresión horrible en sus redondos y amarillos ojos de batracio. Saltó a tierra, caminando ligeramente agazapado, como si le gustara ir a gatas. Echó a andar, saltando sobre el hombre muerto, se alejó de allí…

—¡Corten! —masculló una voz dura y autoritaria—. ¡Corten, maldita sea! Tendrá que repetirlo otra vez, McKay. En vez de inspirar miedo, interpreta usted un marciano que hará reír a nuestros telespectadores…

McKay se irritó. Tiró muy lejos la pistola de metal rojo, que rebotó en uno de los árboles de escayola, desconchándolo. Se llevó al cuello las extrañas manos membranosas y forcejeó, arrancándose la cabeza postiza.

—¡Infiernos, Dixon! —chilló, sin ningún cloqueo ahora—. ¡Estoy harto de hacer la escena! ¡Este absurdo disfraz hará reír, lo haga como lo haga! ¿Es que no tienen imaginación los diseñadores de la televisión para hacer algo mejor?

—Cierre el pico de una vez, McKay —farfulló el llamado Dixon, respirando con ira, junto a una de las tres cámaras tomavistas de la «Televisión Atlantic Corporation» de Nueva York—. Si se ha aceptado ese aspecto para nuestro marciano, usted no es quién para ponerle inconvenientes. Lo que debe hacer es caminar como lo haría un ser de otro planeta, no como una rana coja…

—Muy bien. Dígame cómo anda un ser de otro planeta —declaró McKay con sarcasmo, cruzándose de brazos, después de arrancarse a tirones los guantes que simulaban garras—. Ha debido de ver usted muchos, ¿eh, Dixon?

El director lanzó un bufido, dijo algo bastante fuerte, y, dirigiéndose al personal, refunfuñó:

—Bueno, muchachos. Creo, que será mejor que nos vayamos todos a almorzar. Luego seguiremos con esta idiotez, a ver si queda medianamente bien.

El descanso, fue acogido con placer por todos. Hasta McKay se olvidó de su ira y corrió en busca de su puesto en el restaurante del Estudio Uno, sin importarle su aspecto azulado, de habitante de otros mundos.

Dixon se pasó una mano por el mentón con aire pensativo, y se alejó con calma, en busca de la chaqueta que había dejado colgada en el respaldo de una silla.

—¿Preocupado, Dixon?

El director se volvió. Reconoció la voz que le interpelaba a sus espaldas, aun sin ver al que hablaba. Cuando le descubrió, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, el cigarrillo colgando de los labios sonrientes y el sombrero echado hacia atrás, sobre los cabellos oscuros y revueltos, asintió, comentando de mala gana:

—Preocupado es poco decir, Rahn Esto es una casa de locos, Y yo, el mayor imbécil de los Estados Unidos, por aceptar la serie de J.
P. Benny.

—No sé por qué te enfadas. Es el programa que cuenta con más espectadores en la emisión de sobremesa. El Departamento de Correspondencia puede decirte las cartas que los telespectadores envían, desde…

—Por Dios. Rahn, no sigas gimió Dixon. Sólo me falta acordarme de eso para estallar. Esas películas de Ciencia-ficción son nauseabundas, y el tener un público nutrido indica la cantidad de esquizofrénicos que hay en nuestro país.

—¿Por qué dices eso? —Rahn Starr rió alegremente—. Los temas de «anticipación» están de moda…

—Eso no me parece mal, Rahn. Sabes que me gusta la fantasía, cuando tiene talento. Pero J. P, Benny porque tiene un montón millones y una fábrica de conservas, se cree capacitado para escribir sus propios guiones. Y te aseguro que son repelentes del principio al fin —se mesó sus propios cabellos grises—. Si sigo ocupándome de esta serie, acabaré en un manicomio, puedes estar seguro.

—Ya me dirás cuál para ir a verte —rió, deslizando la mirada por el decorado del «set» y estremeciéndose después—. Desde luego,

te compadezco, amigo mío. ¿Quieres olvidarte un poco de todo esto? Acompáñame un rato…

—No tengo apetito, Rahn, si te refieres a eso. No comeré hasta más tarde.

—Yo he comido ya. Lo que quiero es llevarte a un sitio donde sirven unas bebidas estupendas, donde van chicas guapas, y donde nadie habla de televisión.

—¡Diablo! ¿Existe ese paraíso en alguna parte?

No puedo creerlo, Rahn.

—Ven conmigo; lo verás con tus propios ojos.

Estaba situado en la Calle Cuarenta y Seis y se llamaba «Prince's».

Era el paraíso que definiera Rahn Starr, desde luego. A Dixon incluso logró llamarle el apetito, tras saborear dos «martinis», y terminó por almorzar, bajo la mirada risueña de Rahn, retrepado en una silla, frente a él, haciendo bailotear los cubitos de hielo en un alto vaso con «*whisky*», menta y soda. Sobre la mesa había dejado su cámara portátil dentro de una funda de cuero provista de correas.

—Bueno, parece ser que te gustó el sitio, ¿eh? —rió el joven.

Dixon asintió con la cabeza. Mientras deglutía una porción de pescado, estudió a su Joven amigo.

Rahn Starr, operador de los noticiarios de actualidad de la TV. y el más dinámico reportero de la ciudad, caya cámara tomavistas parecía siempre lista para recoger la última hora gráfica, era feliz en su trabajo. Había nacido para aquello, y lo realizaba a conciencia.

Pero él no podía decir igual. Trabajaban para un mismo sistema de espectáculo, para una misma Emisora. Sin embargo, lo para Rahn era placer, en él era obligación. A veces, una obligación aun ingrata como dar forma a los teleguiones de J. P. Benny y sus irritantes historietas interplanetarias.

—Esto es un respiro, muchacho —masculló, radiante. Luego preguntó—: ¿Cómo has almorzado tan pronto?

—Tengo trabajo, Dixon —consultó su reloj de pulsera—. A las dos llega un importante viajero al aeropuerto y quiero estar allí para recibirle…

—Siempre de acá para allá con tu cámara, ¿eh, Rahn?

—Sí. Ésa es mi vida. Y me gusta.

—Lo sé. ¿Qué viajero es hoy? ¿Algún artista de Hollywood, un político, o un famoso escritor?

—Nada de eso. Es un personaje mucho más pintoresco y fabuloso a la vez. Nada menos que Arístides Garren, el gran investigador científico y multimillonario.

—Un tipo interesante, por cierto —asintió Dixon—. No contento con sus millones, ha creado la Fundación International Carrell, para altos estudios e investigaciones históricas y científicas. Pero jamás le he visto en persona. ¿Es joven?

—¡Oh, no! —Rahn se echó a reír, extrayendo una fotografía del bolsillo. Se la tendió—. Allí tienes al gran Arístides Carrell, mecenas y magnate.

Dixon sonrió también. Él viajero a quien esperaba la cámara oportuna de Rahn, era un hombre enjuto, de larga melena leonina, ojos menudos, tras unos gruesos lentes, caprichosamente montados en una deslumbradora montura de oro macizo, salpicada de brillantes y esmeraldas, ropas estrechadas, impropias de su edad, y un bastón negro, con puño de oro y un grueso rubí, tallado en forma de llama olímpica, sobre la tasa que formaba el puño.

—Disparatado pero original —rió Dixon, devolviéndole la fotografía—. ¡Será un buen reportaje, estoy seguro! Conozco bien tu mordacidad. No respetas ni siquiera al dinero, cuando haces un reportaje.

—La verdad es que tampoco lo respeto fuera de mi labor —suspiró Rahn—. Nunca me ha entusiasmado la fortuna. El dinero, la mayor parte de las veces, es el lastre que impide al hombre volar más alto.

—Hermosa teoría, cuajada de valor poético… si no viniese dé labios de un tipo que va a casarse con la heredera de una de las primeras fortunas de Norteamérica.

—Por favor, Dixon. —Rahn Starr hizo una mueca de desagrado —. No me recuerdes cosas desagradables.

—¿Desagradable… casarse con Jane Conrad, heredera de la fortuna de los Conrad, que se calcula en mas de doscientos millones de dólares? —Dixon boqueó—. Rahn, si no fuera porque sé que no te gustan las películas que yo dirija para la
T. A. C.,

diría que estás rematadamente loco.

—Jane Conrad es una buena chica, y yo me prometí a ella —dijo pacientemente Rahn—. No sé si estaba loco o borracho cuando lo hice, paro lo cierto es que ocurrió así. Y cumpliré mi compromiso. He esperado muchas veces que fuese ella quien rompiera el noviazgo. O que sus familiares, Imaginándome un cazadotes, opusieran su enérgico veto. Pero no ha ocurrido nada. Tengo la desgracia de que Jane esté enamorada de mí, de que los Conrad me consideren un chico honrado, digno de su hija, y de que todo salga demasiado bien. En resumen, el mes que viene, Jane será la señora Starr. O yo el señor Conrad, que aún no sé a ciencia cierta cómo decirlo.

Dixon observó:

—Tu sarcasmo es incomprensible, Rahn. No todo el mundo se casa con una multimillonaria bonita, joven y enamorada de uno.

—Claro que no. Esa desgracia solamente puede ocurrirle a Rahn Starr.

—No te entiendo. ¿Qué tiene de malo esa boda?

—Todo, Dixon, ¿no te das cuenta? La fortuna de los Conrad me ahogará. Ya no seré el hombre independiente y despreocupado que me gusta ser No trabajaré para ganarme la vida, porque me sobrarán dólares por todas partes. No seré yo, en resumen. Además, Jane es una chica encantadora, pero llena de caprichos, que me es sumamente simpática, pero a la que estoy seguro de no amar como a la mujer con quien se ha de unir uno para toda la vida.

—Siempre cabe el consuelo del divorcio —rió Dixon.

—No me gusta. Soy un tipo que crea en la insolubilidad del matrimonio.

—Entonces, ¿por qué te prometiste? De ahí partirá todo tu error, si lo hay.

—Ya lo sé. Pero uno siempre tiene su momento absurdo, su error, su instante falso en la vida. Y luego resulta difícil rectificar —suspiró, mirando su reloj de nuevo.

—En fin, Dixon, Ahora que has encontrado tu oasis de paz, te dejo. Deseo que termine bien tú aventura marciana en el «set». Ya nos veremos más tarde. Se me echa el tiempo encima, y no quiero perderme la llegada de Arístides Carrell a Nueva York, mi querido amigo.

Se alejó por entre las mesas de
«Prince’s»,
agitando su mano. Cargó la cámara tomavistas portátil al hombro, colgando de la correa. Y abandonó el local. Poco después, el motor de su «Porsche» rugía, camino del aeropuerto de Nueva York.

* * *

El aeropuerto se hallaba repleto de gentes del mundo informativo y chismoso de Nueva York. Operadores de noticiarios cinematográficos y reporteros de Prensa, Radio y TV. Absolutamente todos, rivalizaban por obtener fotografías o declaraciones del multimillonario europeo, creador de su famosa Fundación, financiero de importantes expediciones, obras científicas o artísticas de altos vuelos, y con una fortuna que según algunos expertos excedería probablemente los cien mil millones de dólares, cantidad que uno no terminaba de concebir exactamente. Pero que mareaba.

Rahn Starr detuvo su rojo «Porsche» en el aparcamiento reservado a la Prensa. Exhibió su tarjeta al agente de guardia, y luego se encaminó a las pistas del aeropuerto.

Preguntó por el avión en que viajaba Arístides Carrell, y le informaron que llegaba sin retraso, a la hora exacta.

Rahn encendió un cigarrillo, apoyándose de espaldas, junto a un puesto de periódicos y postales turísticas. Le hizo un guiño a la graciosa pelirroja que despachaba, y luego deslizo su mirada por la sala de espera del aeropuerto.

Era un espectáculo interesante.

Había gentes que esperaban vuelos para La Habana, Lisboa, Londres, Brasilia y un centenar más de sitios. Seguramente también habría gente allí que esperara a alguien menos importante que Arístides Carrell viajeros normales, de las lineas regulares. El multimillonario hacía el viaje en su propio avión particular, un reactor especialmente diseñado, con los últimos adelantos y las mayores comodidades.

El joven reportero cinematográfico de la TV detuvo la mirada en uno de los presentes. Era un hombre entraño, huidizo, se humedecía los labios con frecuencia daba nerviosas chupadas a un cigarrillo y

miraba en torno, recelosamente. Estaba sentado sobre el borde mismo de una butaca, como deseando saltar de un brinco y moverse igual que un muñeco de resorte. Sus nervios debían de ser como muelles en tensión, pensó Rahn, examinándole curiosamente.

Pero pronto se olvidó del hombre. Los altavoces indicaban que debía despejarse la pista número seis. En ella tomaría tierra el «Superjet» de Arístides Carrell.

Rahn corrió hacia el paso a las aeropistas neoyorquinas. Un empleado de uniforme le cerró el paso. El joven mostró su paso espacial, y le permitieron la entrada. Rahn: habilidosamente, había utilizado el paso de equipajes hacia otras pistas, en tanto el grueso de periodistas y reporteros se arrollaban materialmente, intentando pasar a la vez por la puerta de acceso directo a la pista seis.

Rahn corrió a través del cemento, en tanto sus colegas eran retenidos por agentes que solicitaban sus credenciales y pases, ganando unos segundos que serían preciosos.

En el aire apareció una forma plateada, que descendía vertiginosamente. El atronador ruido de los reactores se dejó sentir sobre su cabeza. El tumulto en la puerta de la prensa aumentó, y acudieron varios agentes uniformados, para imponer orden y controlar mejor el paso de los legalmente autorizados.

Rahn sonrió. Esto, le daba aún mayor ventaja. Solamente unes cuantos periodistas, el operador cinematográfico del «Modern Movietone» y un locutor de la «American Broadcasting Corporation», lograron llegar a la pista seis, cuando el reactor de Arístides Carrell tomaba tierra vertiginosa y firmemente.

Pronto freno en seco, parándose como un pájaro de acero herido en las alas, o apaciblemente llegado a su nido. Los funcionarios del aeropuerto corrieron hacia la salida del aparato, para aplicarle la escalerilla. Otros tendieron una alfombra especial de espuma plástica, para cuando el gran hombre saliera. Dos policías de uniforme mantuvieron a prudencial distancia a los escasos reporteros que habían logrado llegar al punto de aterrizaje. Un hormiguero de ellos, salvando las últimas complicaciones para el acceso a las pistas, se aproximaba ya, con amenazadora rapidez.

Rahn no perdió tiempo. Sin acercarse demasiado al aparato, para no sufrir las demoras de las advertencias policiales, plantó el teleobjetivo a su cámara, y comenzó a rodar, aplicándola

rápidamente a sus ojos.

El carrete zumbó dentro, tomando película. La portezuela del avión se había abierto, Un par de hombres uniformados, con unas centelleantes placas sobre su pecho, y pistolera al cinto, aparecieron en la entrada. Eran la guardia personal y exclusiva del multimillonario. Rahn sonrió, captando su imagen. Arístides Carrell viajaba como un auténtico jefe de Estado o un rey en visita oficial al extranjero.

Tras la guardia apareció un hombre de paisano, pero con evidente autoridad, dando secas órdenes, era gordinflón, y llevaba una cartera colgando de su enguantada mano.

Detrás salió Arístides Carrell en persona.

Rahn filmó su aparición, sin inmutarse. El carrete seguía su marcha rápida, tras el objetivo que captaba fielmente la imagen La mano izquierda de Rahn accionó el graduador del teleobjetivo para aproximar más el encuadre. Captó el rostro del multimillonario, en fantástica proximidad, que haría las delicias del público televidente.

Arístides Carrell era un hombre singular. No justamente lo que cabía esperar de un hombre que contaba los millones de dólares por millares. Cuya fortuna, ingente y fabulosa, bastaría casi para adquirir medio país, de proponérselo seriamente.

Era muy viejo. Enjuto pero vigoroso. Su melena era abundante, muy blanca, como nieve helada, y le caía sobre el rostro broncíneo, estirado y glacial. Los ojos eran dos cuentas verdes, centelleantes, bajo los párpados abultados, que caían perezosamente. Sin embargo, no había pereza en su figura, pese a su lentitud de movimientos y a su leve encorvamiento de hombros.

Lucía ropas oscuras e impecables. La mano que apoyaba en la barandilla de la escalera de descenso y la que aferraba su bastón eran rugosas, pero vigorosas y morenas.

Rahn siguió captando su imagen hasta que descendió a la pista de cemento. Algunos reporteros dispararon sus «*flashes*». Otros acercaron sus micrófonos al prohombre. Algunas lanzaban preguntas, que el interesado respondía suave, gravemente, con una sonrisa fatigada y ligeramente despectiva hacia aquella gente que le rodeaba.

El reportero de la televisión cortó el funcionamiento de su cámara un instante. Luego se acercó a la pista, se arrodilló para

enfocar otro ángulo, y siguió filmando. En el recuadro de su visual aparecieron nuevos reporteros locutores y operadores.

Entre ellos Rahn captó la faz enjuta, afilada e inquieta del hombrecillo de la sala de espera, con un bloc de notas y una pluma estilográfica en sus manos.

Frunció el ceño, sin dejar de fumar. Debía de pertenecer a algún periodicucho insignificante, o algún nuevo periodista, porque él jamás le había visto antes de ahora.

De repente, Rahn lanzó una interjección. Quiso dejar de filmar, hacer algo. Pero estaba demasiado lejos y sabía positivamente que hubiera llegado tarde. En cambio, nadie estaba filmando aquello. Y él tenía en marcha su cámara. Siguió rodando la escena.

Aún la rodaba, imperturbable, cuando el hombrecillo levantó su estilográfica y apuntó a Arístides Carrell con ella.

De la pluma brotó un chorro llameante que alcanzo al multimillonario en plena faz. Carrell se cubrió demasiado, tarde con ambas manos, gritando algo ronco e ininteligible. Su guardia personal, se apresuró a desenfundar, sus pistolas automáticas, cubriéndole con sus cuerpos para que no sufriera nuevos impactos.

Pero el hombre de la pluma había sido muy certero. Los ojos, cráneo y rostro del ilustre viajero sufrieron la abrasadora acción. Rahn captó el tambaleo del viejo Arístides, su caída estruendosa por los tramos metálicos de la escalerilla, hasta quedar inerte, sobre el asfalto.

Los dos guardianes uniformados se lanzaron hacia el agresor, que arrojó su pluma violentamente contra ellos, al tiempo que echaba a correr. Sucedió el segundo acontecimiento trágico e increíble de aquel día.

La pluma tocó tierra, pese al desesperado intento de uno de los testaferros de ropas naranja, para evitarlo. Golpeó justo entre sus piernas, calzadas con fuertes botas. Entonces fue cuando ocurrió algo, justamente al tocar el cemento la pluma.

Brotó una llamarada violenta, cegadora, de un vivísimo tono azulado…

¡Y los dos guardianes del millonario, súbitamente Envueltos en el chispazo violento, se desintegraron…, desaparecieron en el aire, sin dejar él menor rastro!

Capítulo II

Misterio



ahn Starr; jamás había tenido ante su cámara una escena semejante, ni una noticia tan formidable, con su documento gráfico, como incontestable prueba de que todo lo que estaba sucediendo era real.

El autor del increíble atentado parecía totalmente inerme después de la explosión asombrosa de su pluma estilográfica, arrojada a tierra. Corría, desenfrenado, perseguido por la policía Metropolitana de Nueva York, pegada ahora a sus talones en la persona de cinco agentes de azul, que desenfundaban ya sus revólveres de reglamento sin fiarse demasiado de las fuerzas da su enemigo, tras el asombroso alarde presenciado.

Rahn tomó unas imágenes de la persecución Pero era mucho más interesante para el espectador volver la cámara al lugar de la increíble desintegración humana, donde ya ni hombres ni pluma

eran, visibles. Una simple columnilla de humo azul se diluía en el aire, sobre la pista de asfalto. Demasiado tarde, operadores cinematográficos y fotógrafos de prensa se apresuraban a enfocar con sus cámaras aquel punto.

Rahn corrió luego, siempre con su cámara en ristre, y sin detener el funcionamiento, hasta el pie de la escalerilla del aparato. El hombrecillo obeso, de la cartera en la mano, pretendió detenerle con un chillido autoritario. Rahn no vaciló en apartarle de un empellón casi brutal, con una fingida excusa, y dirigió su cámara al inmóvil Arístides Carrell.

Yacía aún en el asfalto de la pista seis, doblado sobre el último escalón metálico de la escalerilla. Su rostro era un amasijo sanguinolento e irreconocible. No se movía. Alguien muy cerca de Rahn comentó con voz grave:

—Está muerto, señores. Esa arma, sea le que sea, le abrasó él cerebro…

Y alguien contestó a quien tal diagnóstico formulaba:

—Gracias doctor Runson Ya hemos avisado a las ambulancias, Esperemos que esto no traiga graves consecuencias para muchos…

Rahn terminó el rollo cinematográfico, en el momento en que sonaron disparos al final de la pista. Giró sobre sus talones, aunque ya no podía captar nada por falta de material, Se maldijo, irritado.

La policía, al no poder cazar al escurridizo agresor, que ya saltaba las alambradas de las pistas para huir a campo traviesa, disparaba sobre él sin contemplaciones. Las voces de alto dadas por los agentes neoyorquinos habían sido también completamente estériles.

Rahn Starr tuvo que asistir, impotente, sin medios de perpetuar la imagen de aquel epílogo al drama, a las sacudidas espasmódicas del hombre nervioso, ya en lo alto de la alambrada, alcanzado por varios proyectiles de la policía local.

Osciló con un chillido de rata. Luego se derrumbó estrepitosamente, desde una altura de tres metros sobre el asfalto. Allí, con las manos cruzadas sobre el ensangrentado estómago, el asesino de Arístides Carrell se retorció unos segundos. Finalmente, quedó inmóvil. Tan inmóvil como su propia víctima.

Rahn respiró hondo. El drama había concluidos tan brusca y brutalmente como se iniciara. El criminal pagó su delito, bajo el

fuego de las fuerzas de la ley.

Pero estaba seguro de que aquello no lo resolvía todo. Quedaba la inquietante realidad de aquella pluma, chorreando fuego, capaz de abrasar un rostro y un cerebro. Y el chispazo destructor azul, provocado al choque con la tierra Un chispazo sordo, sin ruido…, pero capaz de desintegrar, sin dejar rastro, a dos hombres.

¿Qué enigma ocultaba todo aquel suceso inquietante? Rahn estaba seguro de que a partir de aquel momento las cábalas empezarían a hacerse en forma desorbitada. La gran fortuna del asesinado, su posición política en el revuelto mundo de 1961, influiría también en el eco mundial de su trágica muerte en Nueva York.

Se hablaría de nacionalismos, de intereses mundiales, de terrorismo, de anarquismo incluso. Rahn se preguntó quién de ellos tendría razón. Quién podía estar detrás del rápido y triunfal atentado cometido en el aeropuerto de Nueva York.

Pero no era hora de hacerse preguntas, sino de obrar rápido y bien. Tenía en aquella cámara el mejor de los reportajes cinematográficos últimamente logrados. Ni un solo suceso, salvo la muerte del asesino, habían escapado a su objetivo sagaz. La televisión, en la emisión de aquel mismo día, podía incluir la noticia en su actualidad.

Regresó corriendo hacia su «Porsche» rojo, mientras el resto de la gente corría en dirección opuesta, hacia el lugar del crimen. Rahn no tenía ya nada que ver allí. Y sí en cambio mucho que hacer en su laboratorio, revelando aquella película sensacional.

Nadie se cuidó de él. La policía estaba demasiado ocupada en evitar que la gente se acercase al muerto; para inquietarse precisamente del que se marchaba. Rahn salvó las verjas metálicas de las aeropistas, cruzó a la carrera las oficinas del aeropuerto y subió a su «Porsche».

Lo puso en marcha sin perder un solo momento.

Poco después el poderoso motor rugía, y el vehículo se deslizaba como un bólido por la amplia autopista hacia la ciudad.

Rahn Starr, manejando el volante con una pericia habitual, iba pensando en los últimos acontecimientos presentados. Se preguntaba por qué aquel hombre había matado a un benefactor de artistas y científicos, cuya fortuna personal ponía a contribución del

bien colectivo, en Fundaciones e Institutos muy meritorios. ¿Quién era el hombre pequeño y nervioso de la mortífera pluma estilográfica, quién le había dotado de tan diabólica arma y por que hizo aquello?

Cuando detuvo su automóvil frente a su residencia muy pocos minutos habían transcurrido desde el atentado. Entró en la casa como un ciclón, sin hacer caso del saludo del telefonista, ni lo que parecía que éste iba a decirle, y penetró como un alud en el ascensor, subiendo en él hasta el piso diecinueve, donde se alojaba.

Introdujo la llave nerviosamente en la cerradura, abrió la puerta y penetró en el departamento, tirando la chaqueta sobre un mueble, y corriendo con la cámara en las manos hacia la puerta de su laboratorio de revelado.

—Hola, querido. ¿Puedo saber de dónde sales? —preguntó una voz, a su espalda.

Rahn se paró en seco. Hizo un gesto de mal humor y se volvió lentamente. Allí estaba ella. Rubia y muy linda. También muy elegante con su traje de cóctel, verde mar, y su collar de perlas negras, valorado en un cuarto de millón. El resto de su físico podía valorarse también en varios millones, sin temor a exagerar. Era una estupenda muchacha su prometida. Pero a Rahn no le hizo gracia verla en aquel momento, sentada en una butaca, con aire negligente. Tenía las piernas cruzadas, permitiendo que la amplía falda quedase demasiado alta para su presión arterial, a la vez que le miraba de una forma, entre burlona y aviesa, muy propia de ella.

—Hola, querida —dijo lentamente—. ¿Te filtras por las paredes como los duendes?

—No, cariño —ella se retrepo en el asiento; la falda subió dos pulgadas más, y Rahn se dijo si no sería todo intencionado—. Recuerda que poseo una llave de tu apartamento, para no tener que esperarte en la calle o en el corredor, si al señor reportero se le ocurre presentarse un día con diez horas de retraso a lo previsto.

—Ya. ¿No sabes que la reputación de una chica sufre bastante, si entra en el apartamento de un hombre soltero sin que nadie la acompañe?

—Me tiene sin cuidado mi reputación, Rahn. —Rió ella—. No me vengas con historias. ¿Dónde estabas metido?

—Estaba haciendo un reportaje.

—Ya. ¿Y ahora vas a apagar un fuego tal vez?

—No sé si lo voy a apagar o a encender. Pero lo cierto es que traigo dinamita en las manos.

—Me asustas. ¿Cuándo volaremos por los aíres?

—Vete al infierno —farfulló Rahn. Siguió adelante Si quieres esperarme ahí puedes hacerlo. Pero yo tardaré cosa de una hora en salir del laboratorio.

—Rahn, eres el único novio que se pasa la vida entre la emisora, el laboratorio y la calle, cámara en ristre, sin recordar que estás prometido, que vas a casarte el mes que viene, y que tu novia empieza a olvidarse incluso de cómo eres y cuál es tu nombre. No nos vemos nunca, Rahn. ¿Puede existir un noviazgo así?

—Mira, Jane. Tengo dos novias: la televisión y tú. Alguna ha de llevar la peor parte, ¿no crees?

—Magnifica explicación, Y en la duda, prefieres que sea yo quien cargue con lo peor, ¿no es cierto, querido?

—Bueno, no exactamente. —Rahn respiró hondo—. Pero la obligación…

—¡Rahn, la obligación me importa un ardite! ¡Soy tu novia… y sabes que no necesitas trabajar como un negro! No creo que vaya a faltarnos dinero el día que nos casemos. Mi dote…

—Jane, si pudieras olvidar tu bonita dote, me sentaría mucho mejor —llegó a la puerta del laboratorio y se dispuso a abrirla—. ¿Quieres hacerlo, por favor?

—Voy a hacer algo mejor que eso —se irritó ella, incorporándose de un salto—. Me marcho, Rahn. Te dejo con tus películas y tu laboratorio. Ya me telefonearás cuándo quieres verme. Hasta entonces… ¡que trabajes a gusto!

—Jane, escucha, por favor… —Trató Rahn de detenerla en vano, comprendiendo que una muchacha bonita, rica y joven, se merecía después de todo algún caso.

Pero Jane no escuchó nada. El portazo sonó como un disparo y estremeció a Rahn, que se quedó inmóvil. Luego se encogió de hombros, echando a andar de nuevo hacia el laboratorio.

Lamentaba que Jane hubiera sufrido un enfado. Estaba demasiado acostumbrada a que todos la rodearan y mimasen, para aceptar de buen grado los desplantes inconscientes de su novio. Pero si ella tenía un modo especial de ser, Rahn Starr tenía el suyo.

Y no podía decirse que ambos congeniaran en demasía.

Entró en el laboratorio. Se encerró en el cuarto oscuro y se dispuso a revelar la película del atentado, para llevarla sin pérdida de tiempo a la TAC.

Cosa de hora y media más tarde, Rahn encendía la lámpara especial, y empezaba a pasar ante ella la película de celuloide, comprobando que las imágenes tomadas eran excelentes y que recogían con toda fidelidad lo ocurrido en la pista seis.

Satisfecho, dejó que la cinta se fuera secando, colgada del techo. Enjugó sus manos, y silbando una melodía, abrió la puerta del laboratorio, para ir a tomar un cigarrillo de su americana.

Se quedó clavado en medio del gabinete, cuantío una voz le interpeló fríamente:

—No se mueva, si no quiere morir ahora mismo. He venido a por esa película. Démela, y no le ocurrirá nada. Pero si se resiste no vacilaré en matar…

Rahn no se movió. Sus ojos, dilatados por el asombro, permanecían clavados en la fantástica e increíble mujer que, erguida ante él, le amenazaba con una pistola que parecía extraída de una de las películas «pseudocientíficas» de Dixon, en la TV…

* * *

—Olga, hermana, ¿habla usted en serio, o esto es un truco publicitario de J.
P. Benny
y su emisión televisada de sobremesa? —bromeó Rahn, con gesto sarcástico.

A ella no pareció hacerle demasiada gracia. Si Interpretaba un papel ideado por los desorbitados publicistas neoyorquinos, lo hacía muy bien. Pero, a pesar de todo, la situación era ridícula.

La miró fijamente.

Aquella mujer de cabellos negrísimos, largos, de reflejo azulado vivo, debía de haberse sometido a un maquillaje fantástico para ofrecer aquel rostro exótico, singular y fuera de lo normal, con los enormes y rasgados ojos de un matiz dorado; la carnosa boca, los pómulos salientes y la piel de un color bronce asombroso.

Pero, sobre todo, el sastre que la había vestido demostraba

mucha más imaginación que el diseñador de los «ciencia-ficción» de la TV. Era de un color champaña brillante en una materia plástica singularmente tersa, ceñida y fuerte. Parecía una mezcla de metal y nylon, adherida al cuerpo magnífico de la mujer. Sus blancas botas, con tacones graciosos, plateados, su cinturón igualmente blanco, provisto de curiosos botones de diferentes colores, su blanca pistolera o funda, y los guantes translúcidos de sus manos también eran desusados.

La pistola, de forma más simple pero también más anormal que la de los actores de televisión en sus aventuras planetarias, tenía un color violáceo y metalizado.

—Le he pedido esa película —dijo ella fríamente. Hablaba el inglés correctamente. Pero la musicalidad singular de su voz y el leve acento extranjero le daban una gracia especial—. Si no me la entrega le mataré.

—Ya lo he oído. —Rahn miró en torno, perpleja—. ¿También usted tiene llave?

—¿Cómo? —Ella le estudió, sin entender. Añadió duramente—: No puedo perder ni un solo instante. ¡Quiero esa película!

—Ya la he oído. ¿Y si no se la doy, me matará? —rió Starr.

—Sí.

—¿Con esa pistola tan graciosa?

—Si.

—Me gustaría verlo. ¿Por qué no lo intenta? —Y, audazmente, echó a andar hacia ella.

La dama del cabello negro no disparó sobre él. Pero sí sobre un butacón situado en un rincón del gabinete, a la derecha de Rahn.

El arma no produjo el menor sonido. Brotó de ella una estriá de fría luz azul, y una chispa cárdena estalló sobre el sillón. Rahn parpadeó, mirando hacia allá.

Cuando se extinguió la leve humareda y el fulgor de la chispa, no quedaba absolutamente nada del butacón. Ni un rastro de polvo o unas pavesas. Nada.

La situación, bruscamente, dejó de ser ridícula y divertida. Ahora era Rahn quien endureció su gesto, súbitamente sombrío. Y la mujer la que sonrió. Pero no una sonrisa helada y lejana, incapaz de darle humanidad al momento.

—¿Se ha convencido ya de que, si hubiera querido, usted no

existiría? Preguntó ella, sin apartar de él sus doradas pupilas.

—Si, claro. —Rahn respiró hondo. Pero sigo sin saber tres cosas: quien es usted, como entró en mi casa y para que quiere esa película.

—Demasiadas preguntas —musitó ella—. Puedo decirle que me llamo Áurea Skor, pero eso no le dirá nada en absoluto.

—¿Áurea? Un nombre raro…

—Sí, lo es, A su segunda pregunta puedo contestarle que la puerta estaba abierta. O que utilicé una llave maestra. ¿Le convencería?

Es plausible. Pero no sé por qué; no le creo.

—La esperaba —ella rió—. Es usted muy listo. De modo que no pretenda saber demasiado, A veces es peligroso, Rahn Starr.

—¿Sabe mi nombre?

—Sé muchas cosas. ¿Va a entregarme esa película?

—Veo que no tendré otro remedio. Pero, al menos, podía dejarme sacar otra copia, que serviría para mi programa de televisión. Sólo tengo el negativo y…

—Miente —cortó ella con voz helada, hacienda dar un respingo a Rahn—. Tiene la copia. Le dejo el negativo, si lo quiere. Pero necesito esa copia revelada.

—Vaya, no ignora nada. —Rahn se estremeció—. Cualquiera diría que tiene rayos X en los ojos. De no ser por esa pistolita que hace cosas tan preciosas donde dispara, diría que es usted una rival de otra emisora de televisión que quiere pisarme la noticia. Así, no sé qué creer.

—Me tiene sin cuidado lo que crea. Vamos. Yo le acompañaré hasta el laboratorio. Quiero esa película ahora mismo. Ya me he entretenido bastante. A veces no sabe usted el valor que puede tener el tiempo…

Rahn respiró, dándose por vencido. Precedió a la dama hasta el laboratorio y lo mostró la película que se estaba secando.

—Ahí la tiene —musitó—. Suya es hermana…

Ella asintió, dando un tirón de la película para apoderarse de ella. La cinta de celuloide se desprendió. Pero la dama no había medido bien su violenta acción, y la cinta de celuloide se enredó en su mano armada.

Fue apenas un momento. Pero ella se desconcertó, tirando con

ira del celuloide enredado, a sus dedos y su extraña pistola… Rahn aprovechó el incidente en favor suyo.

Se abalanzó sobre ella; Sin el menor miramiento, aferró con una mano la muñeca armada, que apretó con fiereza. Pero la que decía llamarse Áurea tenía fuerza y pugnó rabiosamente con Starr, sin ceder un ápice.

El joven reportero resolvió la pugna a su favor, con un súbito mazazo de su zurda sobre la mandíbula de la bella y enigmática joven. El impacto fue tan seco y duro, que la mujer gimió entre dientes y se derrumbó inconsciente, a los pies de Starr.

Éste se inclinó, arrancándola el arma de entre los dedos y también la película. Depositó todo encima de la mesita del gabinete, y luego se volvió a acercar a la inconsciente joven.

Estudió su cara. Era muy hermosa, de un exotismo y personalidad singulares. En su inconsciencia ahora su seno agresivo se agitaba rítmicamente. Su figura parecía una escultura tallada en un oro pálido, con el remate sorprendente de su melena azul, sedosa y larga.

La tomó en sus brazos, con cuidado, conduciéndola hasta un sofá, Se inclinó sobre el mueble, depositándola suavemente. Aún estaba inclinado sobre ella, cuando a su espalda sonó el chasquido de la puerta al abrirse.

Rahn giró en redondo, dispuesto a saltar sobre el arma de la mesita, para encararse con su nueva visita, posiblemente tan agresiva y extraña como ésta. Respiró hondo. Extraña no sería. Pero agresiva si.

—¡Hola! —estalló Jane Conrad desde la puerta, abriendo unos ojos como platos—. ¿De modo que ésas tenemos? ¡Una mujer en tu apartamento! ¡Una mujer dormida…, a la que estabas besando, Rahn!

—¡Pero, Jane! ¿Estás loca? Esta mujer ha venido aquí a robarme la película. Me amenazó con un arma extraña y… —Él mismo advirtió, más por el sonido de sus propias palabras que por el gesto de ella, que aquello no se lo podía creer nadie, y arguyo—: Bueno, Jane, sé que no va a ser fácil convencerte, pero te aseguro que es una mujer extraña, que ha venido agresivamente y…

—Y a la que tú has hipnotizado con tu poderosa seducción masculina —se mofó ella, sarcástica—. Magnífica historia, Rahn.

¡Puedes ir inventando otra para los diarios, cuando te pregunten por qué Jane Conrad rompió su compromiso contigo, rufián!

Y salió de nuevo airadamente, con un violento portazo.

Rahn se quedó atónito. Había deseado una ruptura día a día, sin ver la posibilidad de lograrla. Y ahora que se presentaba, comprendía que no era justo dejar así las cosas. El no tenía culpa alguna en el equivoco, pero Jane tampoco se merecía un disgusto tan grande, por un simple error de interpretación.

Se apresuró, pues, a correr hacia la puerta. Salló al pasillo, gritando su nombre:

—¡Jane, Jane, espera un momento, por favor! ¡Deja que te explique la verdad…!

Jane estaba parada ante el ascensor, pulsando rabiosamente el botón de llamada. Rahn corrió hacia ella. Pero un poco antes de llegar, se abrieron las puertas, y la chica entró con gesto altivo. Rahn saltó, pugnando por seguirla. Pero se echó atrás al cerrarse secamente las hojas deslizantes.

—¡Jane! —llamó en vano.

Bajó la cabeza, irritado. Pero también diciéndose que él no tenía culpa de nada. Lo había intentado todo, sin éxito. A Jane le había herido profundamente en su orgullo de mujer bonita y mimada, la presencia de aquella otra belleza asombrosa, en sus brazos, y dentro del apartamento.

Lanzó un suspiro y volvió al apartamento. Ya se arrepentiría Jane de esto. Y si no era así, aquella boda, que iba a ser un error sin duda alguna, no se celebraría, para tranquilidad espiritual de Rahn.

Entró en la pieza. Cerró tras de sí, pensativo, y caminó hacia el sofá. Cuando miró hacia allí, dio un brinco de sorpresa y lanzo una interjección.

¡La extraña Áurea había desaparecido!

Recorrió todo con la mirada. No estaba por parte alguna. Una rápida búsqueda por toda la casa dio igual resultado negativo. Se había evaporado con tan fantástica prontitud como apareciera antes.

De súbito, recordó algo. Avanzó con paso rápido hacia la mesita del gabinete.

Su temor se confirmó. Película y pistola habían seguido el mismo rumbo de la dama del pelo negro azulado. Ya no estaban

allí.

Capítulo III

Rapto



u primera idea fue avisar a la policía. Luego se dijo que era un disparate. ¿Qué les podía explicar a ellos? Le tomarían por loco o borracho si contaba lo sucedido. Sobre todo, cuando telefoneó a la planta inferior, pidiendo al telefonista datos de la dama desaparecida, y el joven y avispado muchacho le informó que Jane Conrad había entrado antes de llegar él, cosa que quiso avisarle sin resultado, y que luego salió, regresando hora y media después, con el pretexto de que se había olvidado la polvera. La había visto salir minutos después, lívida y como una exhalación.

Pero ni el menor rastro de una dama como aquélla Y Rahn sabía que, de haber pasado por allí, el telefonista no era de los que la hubieran pasado por alto. Muchísimo menos, con su sorprendente indumentaria.

Rahn colgó, desalentado. No tenía prueba alguna de que la dama estuviera en su casa. Y si citaba a Jane como testigo, ella diría que era una mujer vulgar la que vio en el sofá, y que él se buscaba una coartada para justificarse.

Encontró la malhadada polvera de Jane, olvidada en una silla inmediata. Por culpa de aquel olvido, Jane había roto con él. Pero, lo que era peor, le había hecho perder pistola, película y mujer desconocida. Ésta parecía haber aprovechado al máximo los escasos segundos que él estuvo fuera del apartamento.

Pero… ¿por dónde diablos pudo escapar de allí? Rahn se rascó los cabellos, enfurecido. Aquel misterio no lo entendía en modo alguno. Y siempre le irritaba lo que no lograba entender.

Regresó al laboratorio. Había perdido tiempo y trabajo. Era preciso que repitiera la película. Por fortuna, aún poseía el negativo. Por una u otra razón, había gente interesada en obtener su película del atentado en el aeropuerto. Cómo llegaron a enterarse de la existencia de ese film y por qué les interesaba tanto, eran dos de las preguntas que Rahn no lograba responder en modo alguno.

Poco después tenía una segunda copia revelada, telefoneó a la emisora, indicando que llegaría en breve con información filmada del suceso del aeropuerto, y luego, recogiendo al vuelo su americana, metió en ella la nueva copia, y salió a la carrera de casa.

* * *

El «Porsche» avanzó por Broadway vertiginosamente, hacia el gran edificio ocupado por la TAC, o «Televisión Atlantic Corporation». Por el camino, Rahn se detuvo a adquirir la última edición extraordinaria de los periódicos, con noticias del atentado del aeropuerto. Todas las informaciones eran confusas, contradictorias, y apenas con unas fotografías borrosas y deficientes, captando escenas del drama ya acontecido, tales como el cadáver de Arístides Carrell, irreconocible con tanta sangre en el rostro, o el de su asesino, abatido a tiros al pie de la cerca alumbrada. Rahn sonrió. Su triunfo ante las cámaras de la televisión iba a ser rotundo. Nadie, absolutamente nadie, había sido capaz de captar al multimillonario con vida, sonriente y sereno, cuando descendía del avión. Solamente vio una fotografía de aquel

momento y era borrosa, casi indescifrable.

Algunos comentaristas señalaban la posibilidad de que la influencia del dinero del gran Carrell en muchas cuestiones políticas sudamericanas hubieran contribuido en su muerte. La identidad de su asesino era todavía un enigma. Y, cosa curiosa: nadie mencionaba el caso de la desaparición o desintegración de los dos testaferros. Debía de ser cosa de la censura oficial, hasta tanto se aclarase el asunto.

Rahn se estremeció de pronto, frunciendo el ceño. Eso le recordaba algo: la evaporación enigmática de su butacón, tras el chispazo del arma de su visitante, la misteriosa Áurea. Ese punto de contacto, así como la existencia en ambos casos de un arma anómala, y el interés de la dama por el film, hicieron cavilar al reportero. ¿Qué misterio se ocultaba todo aquello?

No podía contestarse.

De pronto detuvo el «Porsche». Ante él una multitud de gente rodeaba el lugar donde un camión de reparto y una furgoneta de una lavandería sabían chocado violentamente, causando grandes destrozos y cortando el camino a los vehículos en dirección descendente. Un agente de tráfico se cuidaba de señalar a los automovilistas el desvío hacia un pasaje inmediato, por el que debían introducirse, si no querían esperar allí, taponando aún más el tráfico.

Rahn giró su coche hacia el pasaje. Éste se hallaba entre dos hileras de edificios grises, la mayor parte destinada en ambos lados a almacenes, agencias, etc. Había poco tránsito en el angosto pasaje, a pesar de su céntrica situación.

De una de las grandes puertas traseras de las agencias, asomadas a aquel callejón, salió un camión o furgoneta no muy grande, con el nombre de una industria de destilería de licores en su carrocería. Se cruzó ante Rahn, queriendo girar sin conseguirlo, y el joven, impaciente, pulsó su claxon por dos veces, inútilmente.

El conductor del camión parecía realmente atribulado, e incapaz de poner en marcha hacia uno u otro lado su vehículo. A la nueva e insistente llamada del claxon de Rahn Starr, respondió con vivos gestos de impotencia, manejando el volante sin, resultado práctico alguno.

Rahn Starr, Impaciente, bajó a tierra después de volver a

requerir rapidez con su claxon. EL chofer del camión se lamentó por la ventanilla:

—¡No puedo hacer nada, señor! Si usted me ayuda, por favor… Este camión no responde a mis esfuerzos…

Rahn se acercó al vestíbulo, dispuesto a hacer algo por terminar con aquel nuevo contratiempo que demoraba su llegada al estudio. Éste fue su error.

Nada más acercarse al camión, un repentino presentimiento le hizo detenerse, con preocupación. Pero ya era un poco tarde para eludir el peligro.

Las puertas posteriores del camión se habían abierto súbitamente, y cinco hombres saltaron fuera rápidamente. Le rodearon en unos segundos, cuando Rahn todavía no había podido retroceder.

Todos ellos eran atléticos, altos y de expresión grave, sombría. Rahn no se acobardó, pese a lo brusco del ataque. Uno dijo, con un inglés que le recordó algo, vagamente:

—¡No se resista o será peor! ¡Vamos, entre en el camión!

Rahn se resistió, a pesar de todo. Saltó como un resorte, lanzándose sobre el que tenía más cerca, para abrirse paso y salir de la encerrona. Logró hundirle el puño en el hígado, y el tipo tosió secamente, sorprendido por el ataque. Pero los otros cuatro se abalanzaron sobro él como un solo hombre, Rahn colocó un directo brutal al rostro de otro de los individuos del camión, y le hizo rodar por tierra, pese a su corpulencia. Luego pugnó por golpear a los demás. Pero estaba en clara inferioridad numérica y los enemigos eran muy fuertes también, aunque precisamente él no fuera débil cuando llegaba la hora de repartir golpes.

Uno de ellos le colocó un mazazo salvaje tras la oreja izquierda, cuando había conseguido concentrar él a su vez un nuevo impacto de sus nudillos en el estómago de un tercer individuo, que retrocedió, boqueando muy apurado en busca de aire.

El golpe de la oreja le aturdió y sintió que le flaqueaban las piernas. Esto fue aprovechado por otro de los hombretones, en tanto que llegaban a Rahn, muy lejanos, les sonidos de claxon de todos los coches detenidos detrás del suyo en el angosto callejón, y que no intervenían en la lucha, creyendo sin duda que era una reyerta callejera.

Recibió ahora un «gancho» en la mandíbula, que le lanzó atrás, contra el camión. Estaba aún sacudiendo la cabeza, aturdido pero dispuesto a seguir enfrentándose audazmente a todos sus enemigos, cuando algo contundente se abatió sobre su nuca.

Giró sobre el mismo, sacudido por el dolor. Vio al chófer del camión, enarbolando una llave inglesa en su mano. Sonreía casi disculpándose por el trastazo.

Rahn se abatió de bruces, vencido finalmente. Sus atacantes se apresuraron a recogerlo y meterle en el camión. Luego saltaron ellos, cerraron las puertas posteriores y uno avisó al chófer con acento seco.

—¡Vamos, deprisa!

Teniendo en cuenta que la vez anterior le costó tanto mover el vehículo, resultó sorprendente la mejora en las dotes automovilísticas del hombre, porque el camión giró fácilmente, alejándose raudo por la calleja. Detrás quedó el «Porsche», detenido en medio de la calzada, en tanto que una interminable hilera de automóviles producía un ruidoso concierto de claxon, pidiendo inútilmente paso.

El rapto de Rahn Starr se había llevado a cabo con sorprendente rapidez y una indudable organización en sus detalles.

En la TAC esperaron en vano su llegada durante mucho tiempo…

CAPÍTULO IV

CONTRAFIGURA


ahn Starr se preguntó adónde le habrían conducido.

No lograba entender nada de todo aquello. Pero tampoco se quebraba los cascos por imaginarlo, ya que lo único que conseguiría con ello era un fuerte dolor de cabeza, pero de resultados nada práctico.

Era mejor aguardar a que algo o alguien explicase aquel cúmulo de disparatadas aventuras que estaba viviendo.

Lo primero que observó es que no se hallaba, como podía, considerarse normal, tras un ataque violento, encerrado en una mazmorra o prisionero en un sótano lóbrego y maloliente. Él había leído muchas veces cosas así en los relatos novelescos.

Sin duda, lo que le ocurría a él no era un relato novelesco. O lo era más que ningún otro. Se hallaba cómodamente sentado en el

compartimento posterior de un automóvil. Completamente solo, como si se hubiera convertido en un potentado, y su chofer le condujera a alguna fiesta mundana.

Frunció el ceño, estudiando el vehículo. Era un automóvil moderno de cinco plazas; un cristal grueso le separaba del compartimento delantero, donde un hombre iba sentado al volante.

Marchaba a mucha velocidad por una carretera amplia, cercada de árboles, sin duda en las afueras de la ciudad. Rahn no pudo identificar el sitio exacto. Probó a bajar los cristales de las ventanillas, pero en vano. No se movían. Igual resultado obturo con las manecillas de las portezuelas, cuando pretendió abrir una. Y no le sorprendió mucho descubrir que idéntico hermetismo existía en el panel de cristal que le separaba del conductor del automóvil.

El chófer ni siquiera hizo acción de volverse cuando le oyó. Era evidente que daba por descontada aquella reacción de su pasajero, y no le concedía la menor importancia.

Desalentado, Rahn se dejó caer de nuevo en el asiento, muelle y confortable, tocándose la parte de su nuca, herida por la llave inglesa.

Tenía sangre seca y la piel levantada. Pero el daño no parecía ser mayor, pese a que torció el gesto cuando sus dedos rozaron la herida.

El automóvil siguió su marcha por la amplia carretera, hasta un punto en que viró a la derecha, introduciéndose por un sendero vecinal, rodeado de arbustos. También dejó el sendero, metiéndose posteriormente por un terreno cercado, cuya puerta se abrió, sin duda accionada por un ojo foto eléctrico, al pararse el coche delante, y se cerró después de pasar el vehículo. Por un sendero de gravilla, que crujía y saltaba bajo los neumáticos, ahora a marcha lenta, llegó hasta un edificio de estilo moderno, de piedra y ladrillo, con abundancia de cristaleras. Lo rodeó, enfilando un macizo anexo, de puertas metálicas. Un hombre salió corriendo de detrás de un macizo de arbustos, hizo deslizar la puerta de metal, mostrando el interior de un garaje.

El coche penetró allí. La puerta metálica se cerró tras ellos, con un seco ruido. Rahn esperó los acontecimientos, preguntándose qué sucedería ahora. Una luz rojiza, en el alto techo del garaje, iluminaba éste en forma espectral.

El suelo cedió, como si fuera el de un gigantesco ascensor descendente, y comenzó a hundirse en el fondo de la tierra. La luz roja quedó muy alta sobre él, hasta el punto de perderse su claridad.

El suelo se detuvo súbitamente. Unas luces fluorescentes, azuladas, mostraron a Rahn una gran nave subterránea desierta, en la que había otros cuatro automóviles, todos ellos de gran lujo y colores muy brillantes.

En el fondo de la sala subterránea, cuyos muros parecían de cemento, lo mismo que las columnas que soportaban su alto techo, se abrió una pequeña puerta blindada Rahn, a través del cristal irrompible de la portezuela, vio acercarse, con gran asombro, a tres personas uniformadas.

El hecho de que fuesen muy altos y atléticos no era lo más sorprendente de ellos, ni tampoco el que fuesen uniformados, sino el color del uniforme: éste era de un brillante tono naranja. Una insignia plateada centelleaba vivamente en el pecho de los individuos.

Recordó en el acto a los dos guardianes desintegrados en el aeropuerto de Nueva York. Éstos eran exactamente iguales. Rahn no entendía nada de nada en aquel enredo, pero adivinaba que no era nada bueno lo que se ocultaba tras tanta confusión y violencia.

El conductor del coche en que viajara hasta allí salió del mismo, y saludó a los tres hombres de brillante uniforme, con palabras que Rahn no podía captar desde su emplazamiento dentro del coche. Los guardias asintieron y miraron hacia el coche. No leyó en su expresión particular agresividad o mala fe. En realidad, no observó gesto alguno en sus caras. Como si les resultara una visita por completo indiferente.

Se aproximaron luego a una portezuela. Uno de ellos extrajo de su cinturón una especie de varilla, que apoyó en la portezuela. Ésta, lentamente, se abrió, al contacto con aquella curiosa llave.

Rahn se quedó mirando a los hombres, hasta que uno de ellos le indicó suavemente:

—Salga, por favor. Nadie va a hacerle daño…

—¿No? —Rahn Starr enarcó las cejas—. Ya me lo hicieron antes.

—¿De veras? —El guardia hizo un gesto elocuente—. Le ruego disculpe a quienes tal hicieron. Usted, de todos modos, no debió

resistirse. Nuestro patrón espera que sepa hacerse cargo de las circunstancias, y no vea en esto violencia alguna.

—Pues hay violencia —gruñó Rahn, enfático—. Yo no quiero ni debo estar aquí.

El guardia asintió:

—Muy bien, señor. Creo que no permanecerá mucho tiempo en este lugar. Es una simple visita. Acompáñenos. Si obra prudentemente, todo será mejor y más rápido.

Rahn Starr no estaba muy seguro de eso. Pero no podía liarse a golpes otra vez. De modo que salió tras ellos, preguntándose qué diablos pasaba allí y por qué era él objeto de tanto interés por parte de aquella gente.

Le acompañaron, imperturbables, a través de un largo corredor, hasta un ascensor que descendió aún dos o tres plantas más. Aquello debía de estar muy hondo bajo el nivel de tierra.

Sorprendido, observó que el lugar, a aquellas profundidades, era amplio, cuidado y de muros lisos, metálicos. Parecía una fortaleza creada en el subsuelo. Rahn no lograba imaginarse para qué.

—¿Puedo preguntar adonde me llevan? —interrogó de pronto con aspereza.

—Claro, señor —sonrió uno de los hombres uniformados—. Vamos a presencia del patrón. Tiene mucho interés en verle. Pronto sabrá usted por qué…

Parecía ser todo lo que eran capaces de decir. Rahn, sin comentario alguno, siguió adelante con ellos. Se detuvieron ante una puerta, que se abrió, sin duda por efectos de igual sistema fotoeléctrico que la cerca de la hacienda donde entraran con el automóvil.

Se halló en una antesala o gabinete con dos asientos, el uno frente al otro, bajo un crudo foco de luz vertical, procedente de un círculo luminoso del techo. Los muros eran desnudos, grises y metálicos. El techo y el suelo también.

—Entre —invitó uno de los guardias.

Rahn obedeció, con paso lento, mirando en torno. En cuanto se encontró unas yardas dentro del recinto, giró la cabeza con rapidez. Observó que los guardianes no habían entrado tras él en la cámara cubicular. Quiso retroceder, salir de ella.

No le dieron ocasión. La puerta metálica se deslizó con una

rapidez fulminante, encajándose de forma hermética. Y quedó encerrado en aquella cabina metálica, rectangular y fría, bajo la cruda luz del techo.

Rahn pugnó por forzar la puerta. Pero resultaba un afán tan ingenuo como si un niño de cinco años hubiese pretendido mover una piedra de dos toneladas. No podía conseguir nada.

Abandonó el intento, optando por observarlo todo con tranquilidad. No tenía mucho que ver. Aparte de los dos asientos, metálicos y duros, bañados por la luz violenta que caía de lo alto, no había nada más. Sin saber por qué, le recordó una cámara de gas o la fatídica sala de la silla eléctrica. Se estremeció.

¿Por qué estaba allí? ¿Quién tenía interés en verle? ¿Qué querían de él?

Si lo que pretendían era matarle, hubiera sido absurdo tomarse tantas molestias y realizar tan complicadas maniobras para un final que pudieron llevar a cabo en el propio camión donde lo raptaron, o en el coche que posteriormente le llevó hasta allí.

De pronto, tuvo la sensación clara de que no se hallaba solo. Estaba aún mirando a la puerta por donde entrara. Fue volviéndose, muy despacio. No le sorprendió encontrar a un hombre erguido ante él. En el muro del fondo se había abierto una hoja metálica, invisible hasta entonces, por la que había aparecido el personaje.

Pero si su presencia no le asombró, en cambio sí su aspecto físico, su rostro, su persona toda.

¡Era el duplicado exacto del hombre muerto en el aeródromo de Nueva York! ¡Arístides Carrell, en persona…, que había sido asesinado horas antes!

Y estaba allí, lleno de vida, contemplándole con sus ojos profundos y brillantes, de un verde casi maligno…

* * *

—¿Sorprendido, señor Starr?

—Bastante. —Rahn avanzó unes pasos hacia el hombre que hablara. Lamentó no tener allí su cámara cinematográfica. Éste sí que podría ser un reportaje sensacional. El reportaje con un hombre muerto. Con Arístides Carrell, el prohombre del año 1961…—. ¿Me han conducido al reino de los muertos tal vez?

—Patética mención, amigo mío —rió suavemente el hombre de tez afilada y cabello blanco y leonino—. ¿Le gustan los mitos? ¿Orfeo descendiendo en busca de Eurídice mundo de los que murieron?

—Yo no hablo de mitos —cortó Rahn, seco—. Hablo de usted. Le he visto morir en el aeropuerto. Ahora le veo ante mí, lleno de vida…, en un lugar muy parecido a unas catacumbas.

—Sólo parecido. Le aseguro que no es mi intención asustarle.

—No estoy asustado.

—Lo celebro. Mi presencia no es espantable ni mucho menos. Soy Arístides Carrell.

—¿El verdadero?

—Sí.

—¿Y el otro?

—¿El que murió en el aeropuerto? —Carrell hizo un gesto con la mano—. Un «doble», naturalmente. Un perfecto doble mío. Temía que sucediera algo así. Y mientras un enemigo disparaba sobre mi suplantador, yo llegaba por otro punto a Nueva York, en compañía de mi secretario, Tamak.

—Entiendo. —Rahn Starr estudió al multimillonario—. Un plan frió y cerebral. Y una buena representación. No se diferencian en nada los dos, palabra.

—Ya lo sé. Yo mismo aprobé la caracterización.

—Pero supongamos que todo fuese al revés, y que Carrell hubiese muerto. Usted sería el suplantador.

—Está usted en lo cierto. Habrá de fiarse de mi palabra, sin embargo. Todas las pruebas que pueda presentarle para demostrar mi identidad, servirán igualmente para demostrar que soy falso y que el muerto era el auténtico —rió entre dientes—. Piense lo que quiera.

—Es lo que estoy haciendo. Por eso pienso algo más: su personalidad me tiene sin cuidado, aun con todos sus millones. Yo quiero saber por qué estoy aquí.

—Todo se andará —despacio, se acomodó en una de las dos sillas metálicas. Indicó la otra a Rahn—. Siéntese, por favor. Quiero decirle por qué le he hecho venir.

Rahn ocupó la otra silla frente a él. No apartaba sus ojos del extraño y fascinante anciano. Observó que su mano derecha se

apoyaba en el puño de oro de un negro bastón, con la forma de una taza, en cuyo interior un rubí esplendoroso simulaba la roja luz de una llama olímpica.

—¿También el bastón de su doble era igual? —preguntó—. ¿De oro y con un rubí auténtico?

—Claro está. Mis enemigos son muy inteligentes. Hubieran advertido el engaño, de utilizar materiales falsos. ¿Qué significa este detalle para mi fortuna, Rahn Starr?

—Supongo que nada. Usted parece saber muchas cosas. Quién soy yo, cómo me llamo… ¿Tanto le interesa mi persona?

—Bastante. —Arístides le estudió con calma—. Usted… y la película.

—¿La película? —Rahn se puso rígido. Su mirada reveló recelo —. ¿Qué película?

—Vamos, vamos, sabe sobradamente a lo que me refiero. El film que tomó en el aeropuerto. Usted va a llevarla a su programa de televisión, ¿no es cierto?

—Sí.

—Yo le pago por ella un millón de dólares.

Rahn enarcó las cejas. Era una oferta fabulosa, No parpadeó al decir:

—Mucho dinero, señor Carrell.

—Para usted, muchísimo, sí. ¿Me dará esa película entonces?

—¿Sin poderla televisar?

—Sin poderla televisar.

—¿Por qué?

—No pregunte. Diga si acepta o no.

—¿Y si no acepto?

—Será mucho peor. Le aconsejo que lo haga. Es su posibilidad de hacerse rico…

—No me interesa la riqueza. Soy periodista, reportero de noticias. La noticia de última hora, servida al público, es mi mayor fortuna. Creo que no le venderé ese film a ningún precio. A no ser que me demuestre sin lugar a dudas que realmente le significarla un perjuicio de vida o muerte su publicidad.

—Si fuera así, amigo mío, no podría demostrárselo —sonrió enigmáticamente Carrell. Se inclinó hacia adelante—. ¿De veras está dispuesto a sacrificar un millón por publicar ese film?

Rahn asintió:
—Eso es.
—¿Y… dos millones?
—Y cinco, señor Carrell. No insista. —Rahn se puso en pie fríamente—. Creo que ha terminado nuestra conversación, ¿no le parece?
—Sí, creo que si —suspiró el otro, levantándose son calma—. Es lástima que pierda una buena oportunidad de enriquecerse. Por cierto… ¿sabía usted que su film revelado está ya en mi poder…, lo mismo que el negativo?
—¿Qué? —Rahn se irguió, alarmado. Llevó la mano a su bolsillo. No había carrete alguno. Miró con ira a su interlocutor—. ¿Es que todos se han propuesto robarme la película?
Carrell dijo:
—Yo no le he robado nada. Le he ofrecido un precio, y usted lo ha rechazado. Lamento de veras tal circunstancia. Porque el film será igualmente mío. Lo ocurrido en al aeropuerto no debe perpetuarse en cinta de celuloide. No lo deseo. Eso es todo, amigo mió.
—¡Canalla! —rugió Rahn, iniciando una acción agresiva contra su interlocutor.
—Cuidado, amigo mío —sonrió el multimillonario alzando su bastón en alto. La punta del mismo apuntó a Rahn—. Ha visto desaparecer a dos de mis hombres en el aeropuerto, fulminados por un rayo mortífero de mis enemigos. Esa arma no sólo la poseen los que desean mi muerte, sino que también está en mis manos. Este bastón de inofensiva apariencia la lleva dentro. ¿Quiere morir desintegrado, reducido a simples átomos disueltos en la atmósfera, señor Starr…, o seguir viviendo y gozando de mi hospitalidad por unos días?
Detuvo su gesto.
Rahn miró fijamente el bastón. Su puntera se había deslizado hacia arriba, mostrando un orificio amenazador. No dudaba de que por allí podía brotar el chispazo mortífero que ya viera utilizar en dos ocasiones.
—¿Hospitalidad… por unos días? —dijo, dominando su furia—. ¿Quiere decir que seguiré secuestrado? ¿En este horrible lugar?
El millonario sonrió.

—No es un secuestro dijo suavemente Carell. —Tan sólo una invitación forzosa. Pero, como le digo, durará únicamente unos días, al término de los cuales regresará a su casa sano y salvo. Siempre, claro está, que se aclimate pacíficamente. Si no… no respondo de las consecuencias. Mi secretario, Tamak, le atenderá debidamente.

Rahn exclamó:

—¿En esta mazmorra de todos los diablos?

—No, no —sonrió Arístides Carrell—. En mi propia residencia, señor Starr. Me gusta tener a mis invitados en las mejores condiciones posibles. Puede elegir también entre eso o esta mazmorra, como usted dice. Si se porta bien, yo me portaré bien. Si no…, no se queje a nadie.

Rahn Starr dominó su ira cuanto le fue posible.

Y habló hoscamente:

—Está bien. Será un buen chico. Hay que saber perder. Por ahora, usted gana.

—Yo gano siempre, amigo mío —declaró melifluamente el multimillonario—. Jamás nadie ha podido vencerme. Ni siquiera los hombres más poderosos de la Tierra.

Rahn le contempló.

La soberbia de aquel hombre resultaba extraordinaria. Rahn le estudió en silencio. Caminó despacio hacia la salida, y una vez allí, se volvió a su forzoso invitado y habló muy suave:

—Dentro de poco, mi secretario vendrá a sacarle de aquí. Siga siendo buen chico. Ganará mucho más. Muchísimo más de lo que se imagina, señor Rahn Starr…

Hubo como una extraña y oculta amenaza en sus palabras. Rahn aún meditaba sobre ella cuando ya el enigmático y desconcertante Arístides Carrell no estaba en la cámara rectangular del subsuelo.

CAPÍTULO V

AUREA



eñor Starr, ya puede salir. ¿Quiere seguirme, por favor?

Rahn Starr alzó la cabeza. Desde la silla donde aguardaba pacientemente el curso de la asombrosa aventura que estaba viviendo, contempló al hombre que acababa de aparecer.

Era muy alto, joven y esbelto, vestido con un traje cruzado, gris. Poseía unos inteligentes ojos claros, nariz ligeramente achatada y un cabello crespo y muy negro, de brillo azulado.

Sonreía agradablemente, lo que resultaba un auténtico sedante, recordando la malignidad del extraño rostro de Arístides Carrell.

—¿Quién es usted? —preguntó Rahn—. ¿Tamak, el secretario de Carrell?

—Eso es —asintió el joven—. Y, por favor, le ruego que no me cubra de protestas. Yo no puedo hacer nada en favor suyo. Si el

patrón da una orden, todos hemos de cumplirla. Es uno de los hombres más poderosos del mundo, usted lo sabe.

—Sí. Y empiezo a saber cómo se puede llegar a eso. Carrell no se para ante nada, ¿verdad?

—Antes nada. Ésa fue siempre su norma.

—¿Cree que su dinero le protege de toda la responsabilidad civil o criminal?

—En realidad, su fortuna y su poder le protege de casi todo. Incluso los Gobiernos cuidan de no molestarle o irritarle. Les conviene ser amigos de Arístides Carrell.

—Todo muy alentador para mi —suspiró Rahn—. Soy algo así como el cautivo de un tirano todopoderoso, ¿no es eso?

—Aproximadamente…, sí —sonrió el joven agradablemente. Le estudiaba con interés—. Pero yo estoy aquí para ayudarle, Starr. Procuraré que su estancia aquí sea agradable. Sólo le pido su palabra de que no trate de escapar. Yo, a mi vez, le doy la mía de que antes de tres días volverá a estar libre, o indemnizado por todo esto.

—Lo que quiero es mi película. Me la ha robado su honrado patrón.

—No sé a lo que se refiere —dijo Tamak lentamente—. Será cosa de él. Y yo no puedo ayudarle a usted en contra de mi patrón. Sería, tal vez, la muerta para mí…

Y, sin añadir mas, se hizo a un lado, invitando a Rahn a que le siguiera. Este se estremeció ante la sencillez de la observación del joven y echó a andar tras él.

En aquel subterráneo, Carrell tenía un auténtico palacio Estancias lujosas v confortables, con los últimos adelantos técnicos, corredores alfombrados y con temperatura artificial; luces tamizadas, suavísimas, brotando de los rincones más estratégicos. Muebles funcionales, de gran confort y línea moderna, radio y televisión, periódicos de última hora en las mesitas… Rahn se admiró de aquella organización.

Le fue destinada una cámara reducida y suntuosa. Le sirvieron manjares propios de un soberano. Tamak y dos criados silenciosos se ocupaban de todo ello.

El primer día de su estancia en la dorada jaula de Arístides Carrell transcurrió para Rahn sin novedad. Su hastío fue

compensado con la lectura de los diarios, que se extendían en noticias sobre el atentado contra el millonario, oficialmente muerto para todo el mundo, y presenciando algunos programas en la televisión. Cuando surgió el telefilme interplanetario de su amigo Dixon tuvo el buen juicio de cerrar.

Sentíase irritado, pese a la magnífica vida que allí se le daba. No quería vivir prisionero contra su voluntad, ni sometido al tiránico capricho de aquel viejo loco que se llamaba Arístides Carrell.

Quería salir de allí. ¿Pero cómo?

Al segundo día de cautiverio…

* * *

Solamente estaba autorizado a salir a ciertas horas de su alojamiento, para pasear por una galería de muros encristalados, iluminada por su parte posterior, que fingía maravillosamente un paisaje campestre. Con ello, acaso se le pretendía dar una falsa sensación de libertad, de aire libre, de normalidad absoluta.

Rahn meditaba sobre todo aquello. El mundo subterráneo creado por el magnate multimillonario parecía indicar dos cosas: un capricho, o el deseo de tener un lugar donde ocultar a gentes secuestradas, como él mismo. Pero carecía de sentido que un hombre tan inmensamente rico y poderoso corriera riesgos como un vulgar criminal, encerrando contra su voluntad a la gente en aquel subterráneo.

Estaba seguro de que había algo más. Algo más sorprendente y extraño en la cuestión. Algo que no veía claro, pero que había de significar forzosamente, algo siniestro.

Rebuscó, en su mente, en busca de datos sobre el gran magnate. Evocó la vida de éste. En realidad, todos sabían de Arístides Carrell por periódicos, noticias, rumores. Positivamente, Rahn Starr ignoraba su pasado, su existencia, su auténtico origen y de su fortuna; incluso el día en que comenzó a ser nombrado por doquier, gracias a su fabulosa fortuna.

Pero… ¿Quién era en realidad Arístides Carrell? ¿Qué ocultaba?

De súbito, oyó un roce a sus espaldas. Estaba seguro de haberlo percibido claramente. Era el roce subrepticio, sigiloso, de unos pies en el suelo terso del salón porcheado.

—¡Usted! —masculló atónito—. ¿Usted aquí también?

—Sí… —La hermosa de los cabellos negros y los ojos dorados le miraba como a un aparecido. Aún lucía sus extrañas ropas. Estaba más pálida y como abatida. Caminó hacia él unos pasos, igual que un fantasma—. Sí, yo también. Todos estamos aquí ya. ¡Todos en poder del tirano!

—¿Prisionera también?

—Claro. ¿Qué suponía?

—Usted me robó una película. Y él me ha robado otra, Y el negativo. Creí que trabajaban juntos.

—¿Él… y yo… juntos? —Dilató sus bellos ojos. La idea parecía llenarla de horror—. ¡Oh, no! ¡Eso nunca! Era eso precisamente lo que yo pretendía… Evitar que llegara a su poder… ¡Tenía que llevarme la prueba de que él había sido asesinado! Y así, Universia entera lo sabría…

—¿Universia? —Rahn la estudió, perplejo—. No la entiendo.

—No puede entenderlo, claro que no. ¿Cómo entender lo que se desconoce, aquello que aún no ha ocurrido…? —Parecía demente, como si Viera un «más allá» que a Rahn no se le aparecía. Miraba fijamente al vacío, como en trance—. Pero en Universia sí lo entenderían. Sabrían lo que él pretende… ¡y lo impedirían! ¡Todos se opondrían, para evitar que lo haga! ¡Ésa era mi mejor prueba! Pero él, maldito sea, lo imaginó… Sus esbirros me localizaron, me trajeron aquí…, lo mismo que a usted.

—Todavía no sé cómo escapó usted de mi departamento, señorita… ¿cómo dijo que se llamaba?

—Áurea. Áurea Skor —sonrió tristemente—. Yo puedo entrar y salir de muchos sitios…, menos de aquí. Él sabe bien cómo hace las cosas. Es listo… ¡muy listo! Y aún lo será más cuando lo consiga.

—Cuando consiga… ¿el qué?

Áurea le miró, como si de repente le hubiera descubierto y hasta entonces creyera hablar con la pared. Soltó una carcajada inquietante. Luego musitó:

—Si se lo dijera, me diría que estoy loca, Starr. Cualquier persona normal diría que yo, Áurea Skor, estoy demente. Nadie puede creer tales insensateces. Nadie que no le conozca a él… Nadie que viva en este siglo…

Rahn empezaba a dudar de su razón. Las palabras de la hermosa

muchacha eran totalmente incongruentes. Carecían de sentido. Luego, de pronto, Áurea acercó su rostro al de él y le besó en la boca. Se apartó, riendo, mientras Rahn la estudiaba, perplejo, cada vez más convencido de su desequilibrio.

—Cree que estoy loca, ¿verdad? —dijo, de súbito, cesando de reír.

—No sé qué creer —confesó Rahn—. ¿Por qué me ha besado?

—¿No ha notado nada especial en ese beso? —suspiró ella.

—No —se tocó los labios el joven reportero—. Sólo que sus labios son cálidos y que saben besar.

—Quería saberlo, Rahn. Por eso lo hice.

—¿Saber… qué?

—Saber si era posible que dos seres, «separados por quinientos años de diferencia», pudiesen unir sus labios. Y es posible. ¡Es posible! Yo sé que he besado a un hombre, Rahn Starr, que vivió y murió en el siglo XX. Usted no imagina que le ha besado una mujer «que tardará todavía cinco siglos en nacer…».

—¡Áurea! —gritó una voz dura, tras ella—. ¿Ya estamos otra vez?

Ella se encogió como golpeada por un látigo.

Rahn miró al fondo de la galería. Eran Tamak y dos guardianes con uniforme de color naranja. El rostro juvenil de Tamak reflejaba contrariedad. Áurea, bajo su mirada, pareció perder sus ímpetus.

—Tamak, no… —suplicó—. Perdona, Tamak…

No lo haré más… no lo haré más… ¡Pero no se lo digas a él!

—Vamos, Áurea, regresa a tu cuarto. Estás molestando a nuestro huésped. Vosotros, llevadla —dijo a los guardianes—. Y no vuelvas a salir, Áurea. Estabas delirando de nuevo.

—Sí, sí, deliraba, Tamak —musitó ella, servil—. Pero tú eres mi amigo. No me traiciones. Si él se enterase…, tal vez me mataría.

—Sigues delirando. No temas, Áurea. No sabrá nadie nada. Pero regresa, ¿has oído?

—Si… sí… He oído —asintió, sorprendentemente dócil, dejándose llevar por los guardianes. Miró fijamente a Rahn y susurró—: No crea nada. Nada de cuanto le dije, Rahn… A veces sueño… sueño cosas imposibles…

Desapareció por entre los porches iluminados. Rahn Starr respiró con fuerza. Sentíase deprimido por la escena. Tamak tampoco

parecía realmente feliz.

—Trate de olvidarlo, Rahn —dijo, tras una pausa—. Áurea es una criatura extraña. Tiene momentos de gran lucidez y otros en que su cerebro falla lamentablemente.

—¿Por qué está aquí prisionera? —preguntó el reportero, pensativo.

Tamak se echó a reír.

No está prisionera, Rahn. Carrell estima mucho a esa muchacha y no quiere verla en una clínica mental. Por eso construyó este subterráneo. Ella vive aquí. El otro día se nos escapó. Pero volvió dócilmente después. En el fondo, comprende que sólo queremos su bien. Es mejor tenerla aquí, que verla sufrir en un sanatorio mental.

—Puede que sí. —Rahn se tocó mecánicamente los labios con la punta de sus dedos. El roce de la boca de Áurea parecía quemarle ahora—. Decía cosas extrañas…

—Sí —asintió Tamak suavemente—. Tiene la obsesión de que vive en el futuro, de que no existe ahora. ¡Pobre muchacha! Olvídelo, amigo mío. Es un puro disparate.

—Sí, naturalmente —asintió Rahn—. Ni por un momento he pensado que fuese cierto. Sólo que me ha afectado esa pobre muchacha…

—Es natural que así sea. —Tamak cambió de expresión y apoyó una mano en su brazo—. Alégrese, Rahn. El patrón no está aquí. Pero tengo instrucciones suyas. Esta noche será puesto en libertad definitivamente. A las diez, si todo va bien.

Rahn se alegró.

—Eso está mejor. ¿Podré entonces publicar cuanto me ha ocurrido?

—Creo que no habrá ningún inconveniente —sonrió Tamak—. Aunque su película no le será devuelta… Si se arriesga a soportar luego una reclamación de Carrell por difamación y calumnias… Usted sabe perfectamente que no tendrá pruebas para demostrar nada de esto.

Rahn torció el gesto. Finalmente, sonrió, ganada por la simpática ironía de Tamak.

—No se les escapa una —masculló—. Otro tanto para el señor Carrell, el omnipotente…

Y regresó, ceñudo, a su alcoba.

CAPÍTULO VI

EL TODO POR EL TODO



enó, mientras se hallaba sumido en serias reflexiones. Apenas si probaba los exquisitos manjares que le sirvieran por indicación de Tamak, pues su pensamiento estaba puesto en Áurea.

Había dicho que no creía nada de todo aquello que dijera en su aparente delirio, Pero tampoco creía la historia de Tamak, Era evidente que el joven protegía a su anciano amo y señor. Áurea era una cautiva, sin lugar a dudas. La debían de aturdir con alguna droga, de ahí sus reacciones extrañas y sus palabras singulares.

Pensó en lo ocurrido.

En una ocasión, ciertamente, se les había escapado. Y, por extraña clarividencia, había ido a su casa a robarle la película. Evocó la pistola extraña, el traje futurista. Áurea llevaba sus manías muy lejos, si realmente pensaba que estaba aún por nacer y era una

criatura del futuro.

Terminó la cena con un bostezo. Pronto le pondrían en libertad, si Tamak cumplía lo prometido. Rahn ansiaba tanto ser libre de nuevo que casi daba por bien perdida la película y por olvidada su sensacional crónica que jamás aparecería ante las cámaras.

Abrió el televisor de su alcoba para pasar el rato. Terminaban un telefilme. Y acto seguido comenzó el boletín da noticias. El locutor de la TAC, Bruce Malvinson, con su voz pastosa, comenzó a leer el boletín da la noche.

Su tono se hizo más dramático cuando llegó a cierta noticia.

—Nos comunican de New Jersey, donde pasaba una temporada de reposo, que el mundialmente célebre profesor Adam Jansen, eminente físico investigador en materia atómica y primer cerebro de la Ciencia actual, ha desaparecido misteriosamente, sin dejar rastro. La policía inicia pesquisas en su busca, y la Organización de las Naciones Unidas se reunirá en sesión especialista misma noche, a causa de esta desaparición, que tan grave puede ser para la paz del mundo. Como recordarán nuestros televidentes, el profesor Jansen se encontraba actualmente trabajando en el más ambicioso empeño del hombre a lo largo de su historia: una Máquina del Tiempo que, según el eminente científico, era teóricamente posible, por sostener Jansen que el espacio-tiempo es accesible para el ser humano, y que en un futuro inmediato, si sus experiencias siguen el camino esperado, el hombre podrá desplazarse hacia el pasado y el futuro, solamente con viajar en su «Time-Machine» prodigiosa. La desaparición del profesor Jansen es, pues, un rudo golpe para…

Malvinson siguió con sus noticias. Pero Rahn se había quedado rígido, escuchando. Había oído hablar de la famosa «teoría Jansen», inspirada directamente en las propias afirmaciones de Einstein. Jansen era un hombre de la talla del gran físico judío. Y llevaba sus teorías al terreno de la práctica.

Naturalmente, Rahn jamás creyó que aquello fuera factible de conseguir. Nadie podía ir al pasado o saltar alegremente al futuro. Pero he ahí que, de repente, Jansen desaparecía. El mismo día en que una mujer aparentemente loca le aseguraba haberle besado «a través de quinientos años de distancia». El mismo día en que su raptor parecía ya considerar innecesario tenerle encerrado allí.

Cerró la televisión para pensar con más claridad. Naturalmente,

todo obedecería a una casualidad, no podía ser de, otro modo. Aunque Jansen aseguraba lo mismo que la desquiciada Áurea, era imposible tomarlo en serio.

A pesar de todo, la idea le torturaba. Y los labios le quemaban, recordando el beso de la hermosa morena, Aquel beso «físicamente imposible», según la peregrina explicación de la joven…

Procuró no pensar en ello. Se volvería loco, sí continuaba metiéndose tales disparates en la cabeza, se dijo, mirando el reloj.

Eran las diez menos cinco de la noche.

En aquel instante se abrió la puerta. Y apareció en ella el propio Arístides Carrell, con su guardia uniformada, Rahn le contempló en silencio.

El multimillonario habló con su voz suave, burlona y dominadora:

—Rahn Starr, supongo que mi secretario Tamak le habrá dicho ya a lo que vengo: es usted libre…, y disculpe si le he forzado a aceptar mi hospitalidad. Pero me era absolutamente preciso. Ahora, ya puede marcharse. Mis hombres le acompañarán hasta el coche que ha de llevarle nuevamente a la ciudad. Una vez ahí, habré cumplido, mi palabra. Si desea alguna indemnización, algún modo de reparar los perjuicios…

—No, gracias —dijo secamente Rahn—. No quiero nada. Sólo ser libre, Salir de aquí.

—Sus deseos son órdenes, señor Starr —rió el anciano. Miró a sus hombres—. Acompañadle. Le deseo mucha suerte y prosperidad, señor. Es usted un buen periodista, Alcanzará grandes éxitos, aun sin esa famosa película y sin el relato de su encierro en mis dominios, si bien todo esto, aunque lo revele a su publico, no me hará mucho daño…

Lanzó una risita hueca y se hizo a un lado para dejar paso a Rahn. Cuando se cruzaron ambos, el anciano le tendió la mano.

—Aunque ha perdido, la partida, no me guarde rencor —dijo suavemente—. Piense que otros, mucho más poderosos e inteligentes que usted, la perdieron antes. Y otros más en el futuro la perderán después…

Rahn le miró de soslayo sin darle la mano. Comentó fríamente:

—Parece muy seguro de continuar en sus éxitos, ¿verdad, Carrell?

—Ciertamente. Jamás nadie se ha sentido más seguro que yo de tal cosa… y repitió con sarcasmo su prolongada e inquietante risita.

Rahn Starr, alejándose por el corredor, entre los dos agentes, no hizo nuevos comentarios. Fingió no oírle. Pero de nuevo unas extrañas e inquietantes dudas le asaltaron.

Recordó unas palabras de Áurea; «Nadie puede creerme… Nadie que no le conozca a él… nadie que viva en este siglo…».

Una vez más rechazó aquella idea, escandalizado por el simple hecho de haber llegado a considerarla…

* * *

—Estamos llegando a su destino —dijo el conductor del automóvil—. Ya puede quitarse la capucha. Tome, señor Starr…

Rahn oyó deslizarse el cristal de separación de ambos compartimientos, y una mano le tendió una pequeña llave. La tomó a tientas, llevándola al pequeño candado que cerraba la anilla metálica de su capucha de caucho, sin orificios para los oídos, únicamente con uno en la boca para respirar por él.

Entonces vio dónde se encontraba. El automóvil cruzaba el puente de Brooklyn, hacia el centro de la ciudad. Pronto penetraría en Manhattan. Respiró aliviado. En el hermético coche, conducido por el silencioso empleado de Arístides Carrell, no entraba el aire húmedo del río, pero Rahn casi lo sintió en sus pulmones. La libertad definitiva estaba cerca…

Y, a veces, la libertad era algo maravilloso, inapreciable. Comprendió la avidez de un preso cuando, después de años de cárcel, se satura de aire fresco, de aire tonificador, vivificante… Algo que no se podía pagar con dinero. Ni siquiera con todos los millones del anciano cacique de cabellos blancos.

—Pare donde quiera, amigo —musitó Rahn, radiante—. Prefiero irme andando hasta casa.

—Bueno, le dejaré al final del puente —observó el otro—. Me imagino lo que siente.

Rahn asintió, con la vista fija en la doble, bandada de luces que salpicaban la negrura de la noche neoyorquina, entre el boscaje de metal que formaba la estructura del puente colgado sobre el ancho rió.

Al fondo, sobre un ciclorama de negrura y de estrellas, la gran ciudad centelleaba. Una borrachera de colores, de luces, de vida, de pálpito humano. La ciudad. Su ciudad.

—Universia es ahora una… bueno, quiero decir que Nueva York es una ciudad muy bonita, ¿verdad? —apuntó el hombre del volante, distraído.

—Sí, mucho —asintió Rahn, también distraídamente. Y un segundo después, sus nervios se tensaron, y sus sentidos aguzáronse indescriptiblemente. ¿Qué había dicho el hombre aquel? ¿Universia? ¿Universia? ¿Dónde había oído él antes aquella palabra?

Descubrió la mirada del hombre fija en él, a través del espejo retrovisor. Le estudiaba de forma penetrante, como preocupado. Al parecer, había advertido su error. Y quería descubrir la reacción de su oyente ante el lapsus. Rahn sabía disimular cuando le convenía. Sonrió inocentemente al hombre y apuntó, tras un par de segundos:

—Bueno, ya llegamos al final del puente. Gracias por todo, amigo.

—De nada —el otro pareció aliviado. Creyó que, Rahn Starr no había notado nada—. Ya que lo quiere, aquí se queda…

Frenó el coche. Estaban en la entrada de Manhattan. A Rahn le pareció una pesadilla el antro fabuloso del subsuelo, donde Carrell le había tenido cautivo. Y Áurea, la enigmática. Y Tamak, el joven inteligente y cortés. Ésta era su ciudad, su mundo.

El conductor bajó del coche, abrió la portezuela con su varilla y Rahn tuvo el puso franco al exterior. Saltó a tierra y respiró a pleno pulmón. El aire olía a humo, a río y a asfaltó. Un hermoso olor, después de todo.

—Bueno, se terminó la pesadilla —masculló Rahn mirando al conductor del coche—. Cuando vuelva, dígale a su patrón que procuraré olvidar incluso que existe.

—Se lo diré —rió el otro—. Estoy seguro de que eso le hará gracia.

Rahn frunció el ceño. Lo decía de un modo raro aquel hombre. Iba a alejarse ya, cuando dentro del coche sonó un zumbido. El hombre agitó una mano, indicándole:

—Me llaman desde allí. Voy a ver lo que es. Adiós, señor…, y hasta otra.

—Hasta nunca —rezongó Rahn de mal humor, echando a andar.

Rodeó el coche, para enfilar hacia el centro por South Street, en busca del todavía distante Broadway, a buen paso, ansioso por apartarse de allí.

Fue entonces cuando descubrió que la tapa del portaequipajes posterior del coche estaba levantándose lentamente. Al pasar él, se cerró sin ruido, con una celeridad tal, que Rahn dudó un instante si lo había visto tal como creía o fue pura alucinación. Pero, evidentemente, era así. Estaba bien seguro de ello.

Se quedó parado en seco, perplejo. Luego inició de nuevo la marcha. A sus oídos llegó un sonido del interior del vehículo: la voz inconfundible de Arístides Carrell, excitada y vibrante, a través del receptor de radio:

—¡No suelte aún a Rahn Starr! ¡Reténgalo, en tanto aparece Áurea! ¡Si Rahn la encuentra en libertad… sería un desastre!

Starr sintió un frío sutil en sus venas. Al borde mismo de la libertad, la amenaza volvía. ¡Áurea estaba libre! Y sólo por eso, él tenía que ser retenido.

Pero ahora no iba a hacer un papel pasivo. No le cogerían fácilmente. Se jugaría el todo por el todo. Contra Carrell y contra quien fuese. Era un ciudadano americano. Y, como tal, libre. Nadie, por muchos millones que tuviera, podía disponer de su libertad y de su vida.

El hombre del coche había captado el mensaje. Rahn lo esperaba así, naturalmente. Le vio saltar fuera del automóvil, buscando un arma en su bolsillo. Rahn obró primero.

Saltó ágilmente sobre la capota del coche. Sus músculos respondieron y de un brinco se encontró en pie encima del automóvil. Desconcertado, el esbirro de Carrell levantó su arma contra Rahn.

Éste descubrió que no era una pistola automática, sino una de aquellas raras armas, como la que Áurea llevaba cuando fue a su departamento a robarle la película. Someterse a una de sus descargas era ir a la muerte por desintegración. Y al hombre del coche le hubiera, bastado con apretar el resorte para fulminarle, pese a su decidida acción.

Pero le faltó esa decisión. Vaciló, ordenando a Rahn:

—¡Baje de ahí y entréguese… o disparo! ¡Es orden del patrón!

Starr no dio respuesta. En lugar de ello, se lanzó sobre el hombre, en una zambullida impresionante. Cayó a plomo encima de él, con tal violencia que, el Impacto hizo chillar de dolor al individuo… y el arma extraña escapó de sus manos, rebotando en el asfalto.

Rahn, sin darle reposo, lo machacó a puñetazos, con todas, sus fuerzas. La radio del coche seguía gritando órdenes excitadas de Carrell. Ordenes que nadie escuchaba, en tanto, que ambos luchaban furiosamente rodando por tierra.

El hombre era fuerte, pero Rahn también. La lucha se prolongaba, con rabiosa energía por las dos partes. Cada uno sabía que tenía que ganar en aquel duelo. Uno, porque la orden de su amo era tajante y era preciso cumplirla o pagar caro el error. El otro, porque en ello le iba la libertad, y no estaba dispuesto a perderla de nuevo por el capricho de un tirano multimillonario, de siniestros propósitos.

Rahn Starr recibió dos o tres golpes fortísimos en el hígado, que casi le derribaron. Pero cuando ya su enemigo iba a situarse encima de él, dominando, la situación, logró encoger las piernas y las disparó violentamente. El hombre lanzó una interjección, salió proyectado con fuerza y se golpeó en el bordillo de la acera.

Quedó inmóvil, en tanto Rahn jadeaba. Éste, rápidamente, se apoderó del arma extraña, la hundió en su bolsillo y corrió hacia el automóvil. Levantó con energía el portaequipajes.

No le sorprendió encontrar allí una figura encogida. Habló secamente:

—Salga de aquí, pronto.

Áurea Skor salió del hueco del portaequipajes, con los ojos dilatados por el terror. Chispeaban sus prodigiosos ojos dorados, fijos en Rahn. Musitó:

—¡Usted! ¿Qué…, qué era ese ruido de lucha? ¿Qué ha ocurrido?

—No sé si ha ocurrido un milagro o un desastre, Áurea —dijo Rahn con rudeza—. Pero Arístides Carrell está movilizando sus fuerzas en su busca. Y, por ende, en busca mía también. No parece divertirle la idea de que ambos estemos juntos. Teme que yo la encuentre a usted.

—¡Cielos! ¿Y qué va a hacer? ¡Dará con nosotros!

—Espero que no. Al menos, no sin que hallemos a la policía primero y pidamos protección.

—¿Protección? ¿De qué y de quién? ¿Del hombre más rico de Europa, y de uno de los más ricos del mundo? ¿Cree que nos tomarán en serio?

Rahn se mordió los labios, admitiendo que ella tenía mucha razón. No parecía tan loca como creyera en un principio. Contempló el portaequipajes.

—¿Cómo entró ahí, Áurea? Usted estaba allí prisionera, ¿no es cierto?

—Sí. Pero me escabullí. El solamente se cuidó de usted, y Tamak no estaba allí esta noche. Pude llegar a los garajes sin ser vista, me escondí en el portaequipajes del coche que había oído utilizarían para devolverle a usted. Hubo suerte…

—No lo sé aún. —Rahn la miró, ceñudo—. Usted siempre surge para complicarme la vida, criatura. Ahora, ya era libre… y vuelve usted a cruzarse en mi camino.

—Tal vez sea el destino —susurró ella, con voz intensa, mirándole a los ojos. Usted podría ser el «Hombre Señalado».

—¿El «Hombre Señalado»? ¿Qué pretende decirme ahora, Áurea? ¿Otra historia fantástica?

—No. Otra verdad —ella le estudió con serenidad—. Pero creo que tiene usted razón. No tengo derecho a complicarle de este modo. Déjeme a un lado. O entrégueme a Carrell. Usted Quedará libre sólo con eso. Y no volverá a correr peligro.

Rahn no dijo nada. Estaba estudiando a Áurea. Aquello era fácil y cómodo, sí. Pero era ganar la libertad, la calma… a costa de otra vida.

—No puedo hacer eso, Áurea —suspiró—. La pondré a seguro, si es lo que desea. Y que sea lo que Dios quiera de nosotros dos.

—¿Usted… hará eso por mí? —Parecía incapaz de aceptar aquello.

—Si. ¡Y cuanto antes, mejor! Vamos, creo que podremos irnos a alguna parte donde Carrell no nos encuentre… —subió al coche donde le trajeran hasta la ciudad y arrastró consigo a Áurea, a quien acomodó al lado. Puso en marcha el motor—. Empieza el juego. Veremos sí nos encuentran.

—Nos encontrarán gimió Áurea. —Él siempre encuentra, lo que

quiere. Tiene demasiado poder… y su modo de viajar no se puede combatir…

—Espero que esta vez se equivoque, hijita.

—No puedo equivocarme. ¡No puedo! Y si nos coge… nos llevara a la «Isla». ¡Y no quiero ir a la «Isla»! ¡Prefiero morir, Rahn!

—¿La «Isla»? ¿Dónde está eso?

—Allí, Rahn —absurdamente, el dedo de Áurea señaló el cielo, en vez de hacerlo hacía el mar—. Muy lejos, allá…

—¿Allá? —Manifestó, asombrado—. ¿Una isla… en el cielo? Mire, Áurea, si empieza otra vez con…

—¿Con locuras? —Ella rió, mientras Rahn, al volante, conducía el coche de Carrell a velocidad vertiginosa, a través de Manhattan —. Sí, es lo que ellos le habrán dicho, ¿no es cierto? Que estoy loca…

—Bueno, usted no parece hacer mucho por llevarles la contraria… Habla de quinientos años, de islas en el aire y de cosas por el estilo. ¿Quiere que la crea cuerda, Áurea?

—Rahn, estoy tan cuerda como usted, como todos los que viven ahora, en este lugar, en el tiempo y el espacio —manifestó ella gravemente—. Pero no le reprocho que lo ponga en duda. Todo suena a increíble, escuchado hoy, en el presente…

—¿El presente? —Rahn arrugó la frente, sin dejar de conducir a velocidad impresionante, por las calles casi desiertas de tráfico a aquellas horas—. ¡Oh, por Dios, no!… Terminaré por creer que el loco soy yo. No digo que esté usted chiflada, Áurea, pero ¿no le han dado alguna droga para que hable incongruencias?

—Me han administrado una droga, si. Pero no para eso, sino para someterme. Por eso parecía una anormal. Dígame, ¿parecería ahora anormal si le hablase de cosas que usted, entiende?

Él dijo:

—La, verdad…, no.

—Gracias. —Áurea sonrió dulcemente—. Rahn, es maravilloso sentirse protegida, al lado de un hombre como usted, a quien no me correspondía conocer…, porque tenemos asignados distintos lugares en el tiempo…

Rahn la Interrumpió:

—Áurea…

Ésta le detuvo a su vez:

—Déjeme hablar, Rahn —suplicó ella—. Luego puede burlarse de mí. Pero yo no soy de esta época, no pertenezco a su mundo. Llegué, como tantos otros, del futuro. Como el hombre que vio usted morir en lugar de Carrell, en el aeropuerto. Como el hombre que lo mató, creyendo librar al mundo del peor monstruo que jamás existió ni existirá. Como los soldados desintegrados, como los esbirros de Carrell, incluido Tamak…, y como Arístides Carrell en persona. Él viene del futuro. ¿Y sabe usted acaso para qué?

—No. —Rahn hacía esfuerzos por no empezar a pegar gritos o a soltar carcajadas.

Ella concluyó:

—Para secuestrar a su personaje.

Rahn, hecho un lío, preguntó:

—¿Su personaje? ¿Quién? ¿Yo… usted…?

Áurea negó:

—No. Usted fue puramente accidental. Captó el atentado y eso le señaló a sus ojos. Yo… he de volver a mi lugar en el tiempo, porque aquí soy un peligro para él. Ha venido a secuestrar al personaje final de su colección, el que le faltaba: al profesor Adam Jansen.

Aquello fue como una bomba.

—¡Jansen! —A Starr se le erizaron los cabellos de la nuca, y el coche brincó como un caballo, bajo su excitado mando—. ¡Jansen… ha desaparecido esta noche!

—¿Lo ve? —El tono amargo de ella fue realmente; impresionante—. Ahí tiene la razón de que Carrell le pusiera a usted en libertad. Ya no le puede perjudicar…, porque Arístides Carrell, el multimillonario, desaparecerá para no volver jamás, igual que apareció en su día, para obtener lo que buscaba. Se irá a su época, y de ella, a su «Isla sin Tiempo», con el profesor Jansen, el último ejemplar…

Él la detuvo con un gesto.

Rahn sentía dolor de cabeza. Y entendía poquísimas cosas de todo aquello.

—Por el amor de Dios, Áurea —suplicó—. ¿Qué significa ese galimatías? ¿Cuál es la «época» de Carrell, si no es ésta?

Ella explicó:

—El año 2460, Rahn. Dentro de cinco siglos existirá el hombre

que ahora sé hace llamar Arístides Carrell.

—¿«Existirá»? ¿Es que «no existe» todavía? Pues yo le he visto, le he tocado…

Áurea negó con la cabeza.

—Como a todos nosotros. Pero todos estamos en vuestra época, en vuestro espacio-tiempo, como intrusos. Llegamos a través de quinientos años de distancia, trasladados por la dimensión-tiempo. Entonces si existimos nosotros. Estamos viviendo ahora…, pero allá, en nuestro lugar del tiempo. Como vosotros vivís en el vuestro, como en las épocas antiguas «están viviendo ahora». Todo es simultáneo, Rahn. El concepto que tenéis los hombres de hoy del tiempo es falso. Se puede cruzar por él como por una serie de habitaciones. Sólo que para vosotros esas habitaciones están herméticamente cerradas. Pero el profesor Jansen puede abrir esas puertas. Su teoría es la cierta. Quien domine al tiempo como dimensión en el espacio, podrá visitar el pasado, «vivir» en él cuando está viviendo en su época propia. O bien, saltar al futuro, vivir lo que está ocurriendo en las épocas que están por venir para nosotros, pero que ya «son» actualmente en el espacio-tiempo. ¿Entiende, Rahn?

—La teoría, si —respiró con fuerza, pasándose una mano por la frente, para despejarse un poco. Viró hacia la Sexta Avenida—. Pero en la realidad es absurdo, es solamente un concepto filosófico o físico-matemático. Nada real.

—Ése es el error. ¡Es «real»! Un hombre inteligentísimo del futuro lo ha descubierto. Es el que está procurando que todos los grandes sabios de cada época, capaces de intuir la verdad del tiempo, desaparezcan misteriosamente. El mundo debe seguir ignorando el modo de saltar esa gran barrera, hasta el siglo XXV, en que Kronos-Kahn realizará el gran prodigio.

—¿Kronos-Kahn? Eso significa algo así como el Emperador del Tiempo…

—Sí, «El Amo del Tiempo», Rahn… El hombre a quien conoce usted como Arístides Carrell, el multimillonario…

CAPÍTULO VII

LO IMPOSIBLE

arrell! ¿Pero cómo… por qué…?

—Ha fingido esa identidad para vivir en el siglo XX sin despertar sospechas. En realidad es un extraño. Como todos nosotros… Sólo que él tiene fortuna, poder e inteligencia. Cuando su vasto e increíble plan termine, será no sólo el «Amo del Tiempo», sino el «Amo del Universo». No habrá ser viviente en mundos ni en época capaz de enfrentarse a su inmenso poder.

—Áurea, en esa historia descabellada hay grandes lunares, sin embargo. Él, si realmente es tan poderoso, admitamos que es capaz de viajar a través del espacio y del tiempo, como si cruzase unas hipotéticas habitaciones. Pero, entonces…, ¿por qué usted, por qué el que disparó sobre su «doble» en el aeropuerto, han podido realizar el mismo prodigio que Carrell, Kronos, o como se llame?

—Ahí entra nuestra astucia. Rahn. La de los ciudadanos de Universia, libres y ansiosos de paz, que luchamos con todas nuestras fuerzas contra el tirano del Tiempo.

—¿Universia?

—Si. Nueva York, dentro de cinco siglos —ella hizo un gesto, señalando en torno—. La ciudad del futuro no se parecerá en nada a ésta de hoy, aniquilada dentro de unos años por una guerra atómica. Está sucediendo así, en el futuro, Rahn… Y sobre las ruinas de Nueva York surge la nueva Universia, capital del mundo. Allí vivimos nosotros, en el 2460. Seríamos un pueblo feliz y pacífico de no existir el terrible y despótico ser que ansia la conquista del Universo y del Tiempo. Nosotros pudimos robar el gran secreto del viaje por el tiempo. Nuestros espías lo lograron, a costa de sus vidas. Ahí perdió su única partida Kronos-Kahn. Por eso hemos podido seguirle a través del tiempo, alcanzarle en 1960, y tratar de aniquilarle. Pero mi compañero fracasó al quererlo matar. Kronos es muy listo y utilizó un «doble».

—¿Y por qué el afán por esa película? —preguntó Rahn con una sonrisa escéptica.

—Oh, eso… —Áurea hizo un gesto—. Existe una profecía en Universia. Se dice que Zaroh. Keyn, profeta del año 2230, dejó dicho en una profecía, ya presentida mucho antes por Nostradamus en sus profecías, diciendo que surgiría un gran tirano en el siglo XXV. Un hombre, «Señor del Tiempo y del Espacio», que sólo sería derrotado si su generación veía su rostro bañado en sangre… y si, después, el «Hombre Señalado», un ser de otra época diferente a la del tirano, coincidía con él en el tiempo, y le aniquilaba con sus propias manos. Quise obtener la película para mi época…

—¿Por eso dijo usted que yo podía ser el «Hombre. Señalado»? —Rahn soltó una leve y ronca carcajada—. ¡Por Dios!, es absurdo.

—Usted no cree mi historia, ¿verdad, Rahn?

—Pues habrá de admitir conmigo que es muy dura de aceptar. A pesar de ciertas coincidencias bastante inquietantes…, no puedo creer tal fantasía, Áurea.

—Perderá su escepticismo si Kronos-Kahn nos captura… y nos conduce a su horrible «Isla sin Tiempo».

—Oh, esa isla originalísima, colgada en el cielo, ¿no es eso?

—Si, esa isla. Usted se ríe de ella, pero existe. En el espacio…

—¿Y nadie la ha visto?

—No pueden verla. En primer lugar, está en el siglo XXV y no existe aún para ustedes. Y en segundo lugar, Kronos ha logrado crear con ella un lugar utópico, donde el tiempo no existe, donde la juventud es eterna, donde se puede, a la vez, ser de todas las épocas y no ser de ninguna. Ése es el verdadero imperio de Kronos-Kahn. Pero desde allí dominará al mundo entero. Y a los demás planetas. Universia le pertenece, por el terror hacia su ser fabuloso.

—Ya. De modo que Kronos me despojó de la película para combatir el maleficio de la profecía e impedir que, su pueblo le vea con sangre en el rostro. Y usted pretendía todo lo contrario: revelarla a las gentes de…, bueno, de su época. —Rahn se rascó la cabeza, pensativo. Meneó ésta de un lado a otro, con total incredulidad—. ¡No sé, diablos! ¡Es que todo esto suena demasiado fuerte para creerlo, dese cuenta!

—Me doy cuenta. Le llevaría conmigo al futuro, si fuera capaz de ello. Pero no puedo llevar a nadie, en tanto que Kronos es capaz de llevarse consigo a todos sus guardianes y soldados.

—No se preocupe. Estoy muy bien en mi época, mientras no haya un Carrell detrás mío —bromeó Rahn, conduciendo con serenidad a través de las amplias avenidas poco frecuentadas—. Pero ¿por qué no se marcha usted a su lugar en el tiempo? Sería la forma de desorientar a nuestros perseguidores…

—Oh, no. Adonde fuese, me localizaría Kronos. —Kahn. Domina a la perfección el tiempo. De tal modo que me seguiría adondequiera que fuese, especialmente en su propia época, que es la mía. Mi única esperanza estaría en poderme quedar aquí, en no volver jamás a mi propio lugar. Pero Kronos—. Kahn no lo permitirá. Me teme demasiado. Sabe que lucharé siempre contra él, con todas mis fuerzas.

—¿Por qué ese odio?

—Él mató a mi padre —musitó Áurea lentamente.

—Oh, no sabía… Lo siento de veras, Áurea.

—Es un asesino, un monstruo terrible y feroz. Capaz de todo, con tal de obtener grandeza, con tal de ser poderoso y de dominar a los demás. Mi padre investigaba la forma de anular los viajes al espacio-tiempo, creando una barrera artificial que impidiera al ser humano penetrar en el pasado o el futuro. Kronos-Kahn lo mató,

para que no llegara a crearla nunca. ¿Comprende ahora por qué le odio tanto?

—Sí. —Rahn inclinó la cabeza. Frenó junto a Central Park, en un lugar muy iluminado—. Bueno, hemos corrido mucho, Áurea. Creo que aquí no nos cazarán, por mucho que se apresuren. Por fortuna, los automóviles sólo corren por el asfalto, y no saben nada del tiempo ni todas esas cosas.

Áurea Skor pareció ofendida con Rahn.

—Sigue con esas bromas inoportunas, Rahn. —Dijo, irritada—. No se da cuenta de que está jugando con fuego, de que acaso un porvenir humano terrible o esperanzador dependen del esfuerzo de cada uno de nosotros. Claro que no tiene por qué saberlo. Usted vive en su época. Y, como todas las generaciones y civilizaciones han hecho, sin escarmentar a lo largo de los siglos, han acogido con escepticismo la posibilidad de que puedan llegar después razas superiores, civilizaciones más poderosas y progresos científicos y técnicos realmente revolucionarlos.

—Yo no dudo nada de eso, Áurea —manifestó Rahn, saliendo del coche y ayudándole a salir a ella—. Sólo pongo en tela de juicio que esa historia pueda tener algo de cierto. Seria más fácil admitir que son ustedes marcianos o cosa parecida. Pero ¿quién; va a creer que para nosotros, ustedes «no han nacido aún»…, y, para ustedes, nosotros «ya estamos muertos» hace siglos?

—Ése es el gran abismo que nos separa —suspiró la joven sin apartar de él sus ojos—. El que impediría siempre que un ser de cada lugar en el tiempo pudiera enamorarse de otro. ¿Dónde podrían encontrarse, de un modo imperecedero, si la unión es imposible entre dos épocas diferentes?

—Si —suspiró Rahn-Starr, aturdido—. Creo que el problema es demasiado complejo. Tanto, que renuncio a examinarlo. Pero si un día soy capaz de creer en usted y en lo que me ha contado, le prometo intentarlo todo por ayudarla y…

En aquel momento sucedió algo. Áurea gritó, señalando a una calle inmediata, por la que desembocaba un automóvil a gran velocidad:

—¡Mire, Rahn! ¡Son ellos! ¡Ellos…, que nos han encontrado!

Rahn palideció intensamente, mirando hacia allá. Exclamó, asombrado:

—¡No es posible! ¡No han tenido tiempo para…!

—¡Tiempo! —repitió ella, despectiva—. ¡Kronos-Kahn domina el tiempo! ¡No han cruzado la ciudad en busca nuestra, sino que ha viajado por el tiempo unos minutos… hasta encontrarse con nosotros donde teníamos que estar!

Rahn no supo qué contestar, porque la cosa, por imposible que pareciese, sonaba ahora a muy cierta. Pero a lo que sí estaba resuelto era a no dejarse coger nuevamente en forma pasiva…

—¡Áurea, usted debe marcharse, huir, mientras yo protejo su retirada! —La indicó, febril.

—No, Rahn —afirmó ella, decidida—. Por mi culpa está metido en todo esto ahora. No pienso marcharme. Correremos juntos el riesgo… y confiemos en Dios.

Rahn extrajo el arma que le había arrebatado al conductor del vehículo que ahora conducía. Apuntó al coche perseguidor, cuando éste se paraba y bajaban hombres con uniforme de color naranja armados de pistolas de igual forma que la suya.

Rahn no gritó aviso alguno. Sabía que ahora era una lucha a vida o muerte. No quería ya más templanzas. Estaba resuelto a jugarse el todo por el todo, y ningún momento mejor que éste para llevar a tal fin la pugna.

Disparó sobre el coche. Un centelleo azul, un vivísimo chispazo, disolvió en simple vapor el vehículo, y a todo el pelotón de hombres que surgía de él. No quedó absolutamente nada, ni el más leve rastro de vehículo y de ocupantes.

—¡Magnífico tiro, Rahn! —gritó Áurea, entusiasmada—. ¡No vaciles! ¡Esa gente es peligrosa y cruel! ¡Muy cruel!

Rahn asintió con una mueca. Aquella arma no existía aún en el mundo. Por tanto… ¿iba a ser cierta la fantástica e increíble historia narrada por la joven durante la vertiginosa carrera a través de la ciudad?

Otros dos coches llegaban por calles adyacentes. Frenaron en las bocacalles, y empezaron a bajar hombres de los dos vehículos. Áurea, muy asustada, avisó a Rahn:

—Es preciso huir… ¡huir a alguna parte! Esas armas sólo tienen dos cargas aniquiladoras. Y sólo tenemos una pistola…

Rahn, sombrío, comprobó que era cierto. Las cargas, eran tan potentes que solamente admitía dos cada arma. No podía hacer

frente a tanto enemigo con tan escasos medios, de combate.

En aquel preciso instante, sin duda atraído por el estrépito, apareció la sólida figura uniformada de azul de un agente de la Policía Metropolitana. Contempló los coches, al grupo de hombres que bajaba de ambos vehículos y echó a andar hacia ellos muy decidido, evidentemente para informarse de lo que sucedía.

Los enemigos de Áurea y Rahn no vacilaron. Cuando el infortunado policía no había logrado aún gritar un alto o echar mano al revólver de reglamento, ya uno de los hombres de Arístides Carrell disparaba un arma nuclear sobre el policía.

Rahn se estremeció al oír su ronco grito. Luego, donde poco antes se hallaba el policía, se descubrió un vacío absoluto y siniestro.

Algunas armas se volvían ya hacia Rahn. El joven replicó con un segundo disparo. El último de su arma. La chispa azul iluminó un momento al grupo sobre el que reventó. Fue como un trapo mojado, pasando sobre el dibujo de un encerado. Se borraron todos. No quedó el menor rastro de ninguno de los asaltantes de Rahn en aquel coche. Ni el propio coche fue visible.

Luego…

Rahn enarboló el arma vacía. Del tercer vehículo salieron cinco hombres más. Entre ellos descubrió Rahn a Tamak, el secretario de Carrell, también armado, que se adelantó hacia donde estaban parados ambos jóvenes.

—¡Rahn, está usted sin cargas nucleares! —avisó Tamak—. ¡Ha eliminado a muchos de los nuestros, pero sus posibilidades se han terminado! ¿Se entrega, o prefiere que usted y su compañera sean barridos con cargas nucleares?

Starr y Áurea se miraron un instante en silencio. No sabían qué hacer. Si morir allí mismo, aniquilados por las armas de los hombres del futuro, o dejarse prender por un enemigo despiadado y terrible, que acaso les reservaba una suerte mucho peor que la misma muerte.

—Rahn, ¿qué hacemos? —susurró ella, abatida—. Yo preferiría morir… Yo, que conozco mi época, mi mundo, no deseo la vida.

—Creo que el deseo de morir es un grave error, Áurea —dijo lentamente Rahn bajando el arma—. Yo odio la esclavitud y el cautiverio, tanto o más que tú, Áurea. Pero creo que mientras se

sigue viviendo, la esperanza existe. Si ahora dejamos que nos maten, será seguro que ya no habrá el menor remedio.

—No podremos luchar contra ellos, Rahn…

—Ya lo veremos, Áurea…

—¿Qué deciden? —apremió Tamak, con voz potente—. ¿Se rinden o quieren morir?

—¡Nos rendimos, Tamak! —gritó Rahn—. ¿Vais a hacer algún daño a Áurea, en venganza de cuanto hemos hecho?

—Creo que nadie hará daño a Áurea ni a usted, Rahn —observó el joven—. Pero se han hecho muy peligrosos para nosotros.

—Eso significa… —habló lentamente Rahn, tirando la pistola al suelo—. Significa que van a conducirnos prisioneros al futuro, ¿no es eso, Tamak?

La respuesta del joven secretario de Arístides Carrell, terminó con los escepticismos, dudas y burlas de Rahn Starr:

—Sí. Es inevitable, Rahn. Sabe usted demasiado. Será trasladado al futuro…, al siglo XXV…

* * *

—¡El siglo XXV! De modo que todo, —absolutamente todo, era cierto…

Arístides Carrell sonrió malignamente, erguido ante ellos. Áurea y Rahn estaban sujetos con correas metálicas flexibles, de una materia que Rahn no conocía. Traída, sin duda, de aquel futuro, al cual iba a ser proyectado con Áurea.

Pensó en la emisora de televisión, en su trabajo de siempre, con la cámara a cuestas, en la rubia Jane, que jamás vería a su prometido. Nadie sabría lo que fue de él.

Y él, Rahn Starr, simple reporteril gráfico de la televisión, estaría viajando por el espacio-tiempo, hacía un mundo fabuloso e inaudito. Hacia el mundo futuro, del que le separaba una barrera ingente de quinientos años…

La idea le aturdía. Rahn se sentía demasiado confuso para poder pensar con normalidad. Contempló a Carrell, erguido ante ellos. Hubiese preferido ahora a Tamak, que al menos era afable y cortés, aunque tuviera que cumplir con su duro deber. Carrell era un anciano sádico y feroz, bajo una apariencia benigna y bondadosa.

—Sí, Starr —ahora hablaba Carrell, con una voz triunfal—. Va a ser el segundo hombre que será teleportado al futuro.

Rahn preguntó:

—¿El segundo?

—Eso es. El primero fue el profesor Jansen. Un gran hombre, Rahn. Una mente privilegiada. Un genio, en suma. Como otros muchos de la historia, cada cual en su especie. Siempre admiré a los grandes genios, Rahn. Me hubiera gustado ser uno de ellos.

Aún no he podido lograrlo. Pero estoy seguro de que, lo alcanzaré.

—El genio no se compra con dinero. Carrell. ¿O prefiere que le llame Kronos?

—Llámeme como guste. Usted dice que el genio no se compra con dinero, ¿verdad? Tal vez esté en un pequeño error. No es que pretenda comprar cerebro ni genialidad, no. Mi proyecto es algo mucho más vasto y formidable. Pronto oirá hablar de ello, allí donde vamos.

—¿No va a devolverme nunca a mi época, Carrell?

—Nunca; Usted es de una época anterior a la mía, usted «puede», si sabe lo que el futuro reserva, evitar que yo llegue a ser esa persona que he de ser en mi propia época. No, Rahn. No puedo correr el riesgo de permitirle seguir en libertad. Si no hubiera encontrado a Áurea, si no hubiese conocido la historia de mi vida…, todo hubiese sido muy diferente.

Rahn no dijo nada. Carrell estaba ultimando los preparativos. Iba a emprenderse el gran viaje. El salto que jamás soñó Rahn con dar alguna vez. No era ni siquiera un fantástico vuelo a Marte o a otro planeta. Eso hubiese parecido normal a cualquiera, aun contando con la audacia del vuelo. Pero ir hacia el tiempo…, a buscar el futuro del mundo, era algo delirante, que sonaba a imposible.

Y, sin embargo, lo imposible iba a ser realidad muy pronto.

Rahn observó que no les introducían en ninguna Máquina del Tiempo u objeto similar, pese a que siempre se habló de viajar por el espacio-tiempo dentro de un mecanismo.

Se habían limitado a ligarles y tenderles en unas amas o lechos de cristal. Les pusieron anchos cinturones blancos, con botones o resortes de colores. Aquella misma prenda la llevaban todos los

presentes. Rahn no vio a Tamak. Luego, el propio Carrell, se refirió a su joven secretario:

—El nos espera ya en Universia, el Nueva York del 2460… Como buen secretario, ha sido el primero en salir.

Contempló atentamente a Áurea y a Rahn, Después dio unas indicaciones a sus hombres y se marchó de allí.

Dos individuos con uniforme naranja movieron determinados resortes de sus cinturones y luego se apartaron. De alguna parte, un poder intenso se apropió de sus voluntades, aturdiéndoles. Fue como si todo, en torno suyo, se cubriera de una densa niebla, engullendo sus cuerpos.

Rahn se encomendó al cielo, al sentir la mareante sensación de que se desplazaba en el vacío, de que era proyectado, como si le arrancaran a trozos el cuerpo, en una dirección especial.

No se parecía a sensación alguna precedente. Sus cerebros se oscurecieron, Rahn tuvo la vaga sensación de que flotaba en un mar de negruras infinitas. Luego un torbellino rejo le engulló, arrastrándole, como un pelele insignificante, hacia el fondo de su espiral diabólica y estremecedora.

Finalmente, un choque brusco, una luz cegadora ante sus ojos y el desvanecimiento total, absoluto.

El viaje a lo imposible debía de haber terminado. Pero Rahn Starr no lo advertía. No advertía absolutamente nada.

Había viajado, penetrado en la nada vaporosa, a través del plano de espacio-tiempo, salvando cientos de años sin moverse del lugar. En dirección a la nueva dimensión que el hombre estaba aprendiendo a dominar y a recorrer…

Y cuando abrió sus ojos a la luz…

Capítulo VIII

Isla sin Tiempo

uando abrió sus ojos a la luz, Rahn Starr creyó estar soñando.

El cielo jamás había sido tan azul y tan puro. Nunca, tampoco, cuerpos celestes tan brillantes y gigantescos se vieron refulgir en las alturas, como si se hallara en un mundo del espacio que en nada se pareciese a la Tierra.

Aquel cielo increíblemente bello y diáfano, en una noche serena, maravillosa, de quinientos años más tarde, servía de bóveda infinita a la ciudad más esplendorosa que la mente humana pudiera imaginar.

Rahn siguió con ojos aturdidos, a través de la gran vidriera de una galería o ventanal cóncavo, la altura ingente de cientos y cientos de pisos, de blancos edificios planos, verticales, con audaces terrazas asomadas al vacío, allá en cuyo fondo, los ríos

neoyorquinos eran ahora límpidos canales de gran anchura, surcados por buques de color rojo y forma de peces estilizados, cuajados de ventanitas iluminadas, deslizándose bajo audaces puentes de arquitectura prodigiosa.

Aquello era Universia. El lugar donde estuviera Nueva York cuando él vivía, en el año 1961. La guerra atómica destruyó la gran capital de los rascacielos años más tarde. Y ahora, Universia, capital del mundo y ciudad de ingentes dimensiones, arquitectura audaz y bellísima y grandes progresos técnicos, ocupaba su lugar, edificada sobre el viejo Manhattan.

Rahn se rebulló inquieto. Seguía ligado, seguía con el blanco cinturón cuajado de botones y resortes. Ahora yacía sobre un lecho invisible, creado sin duda por un campo magnético, en el aire de la habitación, que permitía al cuerpo humano descansar sobre una plataforma de invisible solidez, sustituyendo al viejo lecho utilizado por el hombre durante miles de años.

Miró a su lado. Áurea continuaba también junte a él. Se encontró con la mirada expectante e inquieta de sus grandes ojos dorados.

—Rahn…, ¿has visto esa maravilla? —susurro ella, tuteándole sin advertirlo.

Hubo una pausa tensa.

—Sí, Áurea, lo he visto —suspiró Rahn—. Es algo maravilloso, realmente increíble…, de no ser porque yo mismo lo estoy viviendo ahora. Porque me encuentro, en carne y hueso, en la propia Universia, de cuya existencia dudé siempre, sin pasar a creer tu historia inaudita.

—Por desgracia, Rahn, es demasiado tarde ya para creer. Estamos en el año 2460, y ahora es Kronos-Kahn el gran tirano de la época.

—¿Qué es exactamente Kronos en este mundo de maravillas? ¿Dictador tal vez?

—No. Aún no se ha arrancado la máscara. Finge ser solamente un ministro y un investigador científico, al servicio de la humanidad. Muchos creen en él y ven a su futuro líder. Pero él dijo que no se haría el amo del mundo hasta no tener plena seguridad de ser el más grande, fuerte, poderoso y perfecto hombre de todos los tiempos.

Rahn dijo:

—No lo comprendo. ¿Cómo espera lograrlo?

—Nadie lo sabemos. En la «Isla sin Tiempo» tiene sus laboratorios, su alquimia fantástica e ignorada, donde dispone sus proyectos para el futuro inmediato. Ahora, sin el miedo de que Jansen pueda adentrarse en los campos del poder suyo, ese mágico dominio del traslado a través del espacio-tiempo, que le ha hecho auténtico «amo de esa dimensión», trabajará más seguro que nunca en su poder. Y sólo Dios sabe qué terrible proyecto guarda allá arriba, en la «Isla del Espacio»…

—¿Está realmente en el espacio esa isla, Áurea? ¿No es un satélite o una estación espacial?

—No, no. Es una isla. Un bloque igual a una isla cualquiera de los mares. Sólo que flota en el espacio, en ves de hacerlo en el agua. Su órbita la ignora todo el mundo, y allí, Kronos ha logrado crear el «vacío del tiempo». Es como si dijéramos una cámara hermética, donde la noción del tiempo no llega en ninguna de sus manifestaciones.

—¿Estuviste alguna vez allí?

—No. Nadie de los que van allá arriba regresa. Por eso nadie sabe tampoco lo que él guarda en su santuario del espacio.

—Comprendido. —Rahn frunció el ceño—. ¿Por qué sabéis, entonces, que allí no existe el tiempo?

—Porque eso lo refirió el propio Kronos, en el paroxismo de su orgullo y soberbia. Declaró haber logrado crear el vacío del tiempo, el aislamiento ideal del ser humano, separándolo de su lugar en el tiempo y en el espacio, para situarlo en un punto caprichoso, creado y regido por él.

—Si todo eso es cierto, Áurea, podría significar un terrible desastre para el mundo. Arrancar al hombre a su factor tiempo y espacio, es como privarle de su propia dimensión en la Creación, es como crear para él un lugar artificial, donde por fuerza ha de agotarse, si no vencido por la edad, sí por su propia separación de la especie humana…

—Como a ejemplares raros, ¿no, Rahn? Igual que a bichos extraños. Esa isla puede decirse que es como un zoo monstruoso, un museo alucinante de seres vivos, arrancados a su tiempo y a su lugar en el espacio, por el capricho de un solo hombre…

—¿Seres vivos?

—Sí, Rahn. Dicen que tiene una colección de seres. Lo que yo me pregunto es para qué los necesita allí…

—Renuncio a pensarlo, Áurea —gimió Rahn, volviendo su atención a la bellísima y fascinante Universia Veo en todo esto algo terriblemente siniestro… Lo que me gustaría saber es por qué las gentes que aborrecen a un futuro tirano, no se resuelven a luchar contra él, para impedir su triunfo, inevitable a la larga…

—La gente le teme. Otros no creen que llegue a ser el dictador del mundo… Y el actual Presidentes del Consejo Mundial, Mars Tober, confía en las Organizaciones Internacionales, para evitar el ambicioso plan de dominio que cree descubrir en los proyectos de Kronos.

—Bonita situación —refunfuñó Rahn—. El mundo sigue siempre con sus complicaciones, por mucho que progrese su civilización y nivel material.

Áurea Skor asintió. Después, entre ambas cautivos, reinó el silencio en la cámara.

* * *

Cosa de un par de lloras más tarde, guardianes de uniforme color naranja, pero ahora con el emblema de Kronos-Kahn, ya sin disimulos, trajeron comida, y les quitaron las ligaduras. De todos modos, era imposible huir de aquella cámara, de muros transparentes, situada sobre uno de los más altos edificios de Universia, a casi doscientos pisos de altura sobre el fondo remoto de las calles, y en medio del laberinto, serpenteante de las carreteras metálicas aéreas, en bandas espirales, por las que se deslizaban los tubocoches, en vertiginosa carrera.

Rahn comió, contemplando aquellos prodigios arquitectónicos y técnicos, pensando en lo que hubiera podido plasmar en celuloide, de contar, con la cámara y la película.

La idea que le asaltó de que Dixon, Jane, y todos los demás, llevaban quinientos años muertos, le hizo sentir repentinamente náuseas y dejó la comida. Áurea le observó en silencio, como comprendiendo lo que sentía.

—Si, Rahn, es horrible —musitó, cuando le contó sus

pensamientos—. Sin embargo, debes pensar que tu época y ésta, que los miles y miles de años de existencia del mundo, no son cosas que han ocurrido u ocurrirán, sino que están sucediendo ahora. Todas a la vez, en sus diferentes puntos del tiempo. De ahí que el desplazamiento sea posible al ayer o al mañana, próximo o remoto.

—A pesar de todo, cuesta adaptarse a esa teoría, Áurea. Para mí, lo cierto es que estoy ahora en el 2460, en un mundo nuevo y asombroso. Y que hace cinco siglos que todo aquello que me era familiar a mí, desapareció para siempre…

—Sí, es natural que lo pienses. En cierto modo es así. Porque tú no volverás a tu mundo. Kronos Kahn es implacable.

—¿Y qué haremos aquí? ¿Qué nos están haciendo esperar, Áurea? Preferiría que lo que fuese, por malo que resulte, llegue cuanto antes. La angustia de esperar, sin saber lo que va a venir, es realmente terrible.

Áurea movió afirmativamente la cabeza. Aquella tensión era intolerable, Kronos-Kahn quizás disfrutaba pensando en su angustiosa espera sin esperanzas. Pero algo estaba preparando el superhombre del siglo XXV.

Algo, tal vez, realmente asombroso, donde Rahn y Áurea encontrarían su propio lugar. Para Rahn, el «Amo del Tiempo» era algo así como un niño terrible y morboso, que buscaba grandes diversiones, juguetes de fabulosa magnitud en los que demostrar su ingenio y habilidad.

Aquella «Isla sin Tiempo» a la que aludía Áurea, que significaba el fin definitivo para el que la visitaba, era una prueba de que, ciertamente, Kronos-Kahn tenía un desmedido y diabólico afán por las cosas extrañas y delirantes, por todo cuanto pudiera ser clara muestra para un mundo que empezaba a mirarle con terror, de su poderío y su gran ambición.

Si la profecía no llegaba a cumplirse nunca, Rahn estaba seguro de que Kronos-Kahn, el hombre a quien él conociera como el multimillonario del Siglo XX Arístides Carrell, seria el auténtico dictador del mundo, el hombre en cuyas manos estaban los destinos de millones y millones de seres.

El tiempo fue pasando lentamente.

Permanecieron eh aquella cámara cristalina justamente hasta mediodía del día siguiente. Cuando el brillante sol arrancaba

destellos dorados y blancos a los edificios colosales y rectos de Universia, a las aguas de sus anchos canales y a la arquitectura blanca da sus puentes, la puerta de cristal opaco se abrió.

Rahn y Áurea, sobresaltados, volvieron la cabeza. Casi les proporcionó una cierta alegría ver el rostro sereno y juvenil de Tamak. Aunque secretario y forzoso auxiliar del «Amo del Tiempo», Tamak les era simpático. Veían en él una mayor humanidad que en su siniestro jefe. Pero el rostro de Tamak aquel mediodía no era precisamente, amable.

Les contempló ceñudo, sin decir una sola palabra.

—¡Tamak! —exclamó Rahn Starr—. ¿Qué sucede? ¿Qué piensan hacer con nosotros?

—A eso he venido, Rahn —dijo sordamente Tamak entre dientes.

—¿A qué? —La pregunta partió ahora de Aura Skor, y sonó trémula.

—A llevaros conmigo adonde el amo ha ordenado.

—¿Y adónde es eso?

Tamak hizo una pausa. Tragó saliva, inclinando la cabeza, y concretó por fin:

—Lo siento. De veras… Vais a la «Isla sin Tiempo».

—¡Oh, no, Dios mío! —gritó Áurea con voz desgarrada.

—La «Isla sin Tiempo»… —Rahn Starr apretó las mandíbulas con un vigor renovado, rehaciéndose de su propio abatimiento inicial—. ¡La «Isla sin Tiempo»! Bien está… Tal vez vamos al apoteosis de ese monstruo dominador… o a su destrucción total. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que en ese lugar creado por su perversa imaginación va a estar su final…, el final que dictó su profecía.

Tamak, asombrado, miró a Rahn Starr, cuyo ímpetu le había desconcertado. Áurea, también estudió a Rahn con sorpresa. Ni siquiera lo que Tamak dijo a continuación, con expresión grave, logró borrar el gesto duro y violento da Rahn:

—Mucho me temo… que de allí jamás volváis a parte alguna… Vais a formar parte de las piezas vivas del más horrendo y asombroso Museo de todos los tiempos: el Museo Viviente de la Historia… La última gran obra de Kronos-Kahn…

* * *

Era el segundo viaje que, Rahn Starr realizaba a través del tiempo. Ahora, también a través del espacio.

Kronos-Kahn, desafiando todas las leyes gravitatorias, había situado en un plano espacial cuidadosamente calculado, su fabulosa «isla sin Tiempo».

Rahn no era un científico y no podía entenderlo bien. Pero Tamak, antes de proyectarles en su viaje decisivo, cuidó de explicarle detalladamente todo el proceso. Pero estaba demostrado sin lugar a dudas, que el antitiempo existía como tal, y que realizaba precisamente una función opuesta a la que el transcurso normal del tiempo podía realizar. Y así, un nuevo campo espacial, algo así como una nueva y portentosa dimensión, al margen del tiempo mismo, se había creado. Un lugar en el espacio, en las cosas y en lo creado, donde el hombre seria capaz de vivir eternamente sin envejecer ni alterar su forma. Situado fuera de las leyes físicas de los mundos, y por ello, también, ajeno a todo el resto de lo vivo y lo sujeto a un proceso biológico natural.

La proyección a través, del espacio y del tiempo fue más complicada que el simple viaje al tiempo, dentro de, la misma Tierra. Para coordinar ambas dimensiones y formas de desplazamiento, era preciso una máquina. Un proyectil que, partiendo del punto preciso, se encaminase, gracias a difíciles cálculos, hasta el lugar elegido.

Rahn y Áurea fueron introducidos, por Tamak y algunos ayudantes de Kronos-Kahn en una calle angosta, con forma de proyectil y superficie metálica blanca. Se les situó sobre unas plataformas interiores. Sobre sus cabezas, un foco o disco luminoso proyectaba una luminiscencia extraña, que les bañó por completo al situarles allí, cuidadosamente ligados por unas abrazaderas, y extendidos en toda su longitud.

—Ahora conserven inmovilidad absoluta. No piensen en nada —recomendó Tamak—. Así es mucho más fácil todo.

—Supóngase que no queremos hacerlo —observó Rahn—. ¿Qué sucede entonces?

—Que pueden sufrir trastornos. Y también pueden alterar la marcha de este proyectil hasta el punto de quedarse eternamente

girando en él, en órbita errónea, sin pertenecer ya al espacio terrestre, ni siquiera a nuestro tiempo ni a ningún otro.

—¿Tendría eso mucha importancia en las circunstancias actuales? No creo que nuestro punto de destino sea precisamente una fiesta social maravillosa, o un paraíso de encantos y maravillas.

—Yo no digo eso. Pero la muerte ahí dentro sería horrible para ustedes. Y en la «Isla sin Tiempo» nadie muere. Vivir al margen del tiempo es vivir también. Sin medidas, sin estar pendientes de las manecillas de un reloj. Sin envejecer, sin que nos importe lo que sucedió o lo que sucederá. Allí donde pasado, presente y futuro se enlazan. En el punto único del Universo donde eso es posible…

Rahn no dijo nada. Pero se prometió a sí mismo seguir las instrucciones. Realmente no le gustaría mucho encontrar la muerte dentro de aquel proyectil, lanzado al espacio-tiempo. Prefería su suerte en la «Isla sin Tiempo». Fuera cual, fuese. Al menos, tal vez seria posible la rebelión. O la esperanza de rebelarse. Dentro de un proyectil cohete nadie se puede rebelar contra nada.

Cuando empezó el viaje, un largo y penetrante zumbido ahogó los pensamientos e ideas de Rahn. Cerró los ojos, procuró sumirse en una indiferencia absoluta por todo. Solamente pensó en dirigirse a quien estaba por encima del tiempo y de todos los espacios y cosas creadas, musitando a flor de labio:

—Señor… En Tus manos nos encomendamos en esta hora suprema…

Luego, el zumbido se hizo tan intenso que dejó de percibir todo. Una inconsciencia paulatina se apoderó de él. Sus cuerpos flotaban ahora dentro de la nave sideral, hacia otro espacio. Hacia más allá del tiempo mismo… a un lugar donde no había tiempo.

* * *

Cuándo se rehizo, cuando pudo abrir los ojos, coordinar pensamientos y ver algo, le fue posible contemplar la «Isla sin Tiempo».

Era un prodigio mecánico, flotando en un espacio negro y sin astros en torno. Acaso se hallaba más allá de las galaxias y estrellas remotas, en un punto adonde nada ni nadie soñó jamás en llegar. No existían puntos de referencia, no había planetas, cuerpos celestes

de ninguna clase, que sirvieran para calcular distancias. Porque donde hay distancias, hay por ley natural el factor «tiempo», Y aquí, Kronos-Kahn había hecho realidad su deseo de saltar por encima de esas barreras impuestas al hombre por su limitación física, creando aquella isla asombrosa.

Rahn la miró asombrado.

Parecía toda ella de metal. Un metal oscuro, gris o pardo. Sobre la superficie de la isla, flotaba un halo luminescente singular. Un gran edificio central, con cúpula hemisférica, rematada por una gran esfera rojiza, aparecía rodeado de otras edificaciones más pequeñas y oscuras, sin nada notable en su apariencia.

Podía ver la isla, flotando en aquel negro y profundo vacío, reflejado todo ello en una pequeña pantalla televisora interior, en el proyectil. Se aproximaban rápidamente a su objetivo. Rahn observó que éste crecía… crecía…

¡Ya estaban allí!

Un impacto intenso volvió a sumirle en la inconsciencia.

Habían llegado.

Rahn oyó el grito de Áurea antes de perder la noción de las cosas. Observó vagamente que la nave tocaba un suelo macizo, algo sólido y concreto, donde se detenía.

El viaje había terminado. Quizás, con él, todo había terminado para ellos dos.

De allí no se volvía.

De los dominios de Kronos-Kahn, el fantástico dominador del tiempo, nadie salía jamás. Incluso aquel pavoroso y terrible «jamás» perdía su valor, allí donde el «tiempo», el «nunca», el «hoy», el «ayer» y el «mañana», no significaban nada. Absoluta y totalmente «nada»…

CAPÍTULO IX

«EL MUSEO VIVO DE LA HISTORIA»


anos diligentes les sacaron del proyectil. Fueron trasladados a una gran, vasta cámara, donde se les alojó dentro de campanas cristalinas, tendidos sobre superficies esponjosas y suaves.

Rahn Starr volvió lentamente en si después de experimentar sobre, él raras sensaciones, pese a su inconsciencia anterior. Abrió los ojos, estudiando el lugar donde se hallaban.

Por encima de la campana de vidrio que le cubría, idéntica a la que también tapaba a Áurea en otra mesa similar a la suya, observó la alta bóveda de una gran nave desierta. Vio un enorme reloj, con péndulos colosales, en un muro del lugar. Pero aquel reloj carecía de manecillas, no marchaba. Los péndulos no se movían en absoluto.

Era como un decorado simbólico de lo que significaba estar allí.

Rahn sintió miedo por vez primera, desde que la fatalidad le metiera en aquella fantástica aventura. Un lugar así, ningún ser viviente lo había visitado aún. Al menos, ninguno que pudiera revelarlo jamás.

Se incorporó. Notó que podía hacerlo con facilidad. Y la campana de vidrio, como algo dócil, al moverse él, sentándose en el lecho, se plegó a un lado, dejándole el camino abierto.

Rahn respiró hondo. Al menos, en la «Isla sin Tiempo» se pedía aspirar oxígeno, aire puro y normal. Echó a andar, examinando el lugar, silencioso y desierto. Se acercó a la campana de Áurea. La pudo flexionar con sus propias manos y trató de volverla a su estado normal. Áurea se recuperó pronto.

«¿Pronto?», pensó en el acto Rahn. No. Ni siquiera existía «pronto» o «tarde» en la «Isla sin Tiempo».

—Oh, ¿dónde estoy? —musitó Áurea al volver en sí. Miró a Rahn, y tembló—. ¿Hemos… llegado ya, Rahn?

—Sí, hemos llegado, Áurea. Ahora Sólo nos falta saber lo que va a sucedernos…

—Rahn, este silencio me aterra… Parece un lugar muerto…

—¿Muerto? —Rahn asintió despacio—. Sí, produce una sensación indefinible, extraña. Parece como si estuviéramos nosotros solos. Pero no es así. He sentido manos que nos tomaban y trasladaban hasta aquí. En alguna parte se han debido meter los servidores de ese ser infernal…

—Rahn, eso no explica que haya hombres, seres humanos cerca de nosotros.

—¿Por qué no, Áurea?

—La «Isla sin Tiempo» tiene servidores automáticos, «robots» que controlan las funciones mecánicas, como son atender a viajeros, cuidar de los vehículos que viajan por el espacio y el tiempo hasta aquí…

—Oh, no lo sabía. Bien, Áurea. Veamos todo esto. Tengo curiosidad por conocer el lugar.

—Nos sobrarán años, siglos, para conocer esto, Rahn… —Se llevó una mano a la boca, sorprendida—. ¡Rahn! ¿Qué estoy diciendo?

—Has hablado de los años o siglos que vamos a pasar aquí metidos —sonrió Starr son cierta ironía—. ¿Por qué lo preguntas, si

lo sabes perfectamente, Áurea?

—Rahn, esto es extraño…

—Extraño ¿por qué?

—Esas palabras… Aquí nadie recuerda que exista el tiempo. ¿Por qué lo he recordado yo? Sé que en la isla no se puede pensar en el tiempo. Se pierde su concepto…

Rahn la miró, perplejo. Dijo, recordando algo:

—Pues yo antes he pensado que te recuperabas pronto de tu inconsciencia. Y «pronto» es un concepto de tiempo, no hay duda…

El rostro de Áurea se demudó. Miraba en torno con aprensión, y clavó sus uñas con fuerza en el brazo de Rahn. Musitó, con voz ronca:

—Tengo miedo… Rahn, tengo miedo. Aquí sucede algo… Algo que escapa a mi imaginación…

—¿Sí? Pues quedándonos aquí, nunca descubriremos lo que es. En marcha, Áurea. Vamos a saber pronto de qué se trata…, si es que esto tiene salida.

Avanzaron, como dos microscópicas figuras en aquella enorme sala. Tenía salida. Una puerta en el muro se deslizó, dejándoles paso franco. La puerta que se abrió podía tener treinta metros de altura. Rahn se vio un auténtico pigmeo, ante aquellas dimensiones colosales del mundo creado por Kronos Kahn.

Avanzaron por un largo corredor de iluminación rosada, espectral. Rahn estudiaba en torno el lugar, no explicándose, a dónde les conduciría el ciclópeo pasillo. Cuando desembocaron en otra grandiosa nave, Rahn parpadeó. Los muros eran cristalinos, transparentes. Formaban como poliedros independientes, tras el panel de vidrio fluorescente. Y de cada uno de aquellos compartimentos o poliedros en torno a la nave circular surgían grandes canales o tubos plásticos de diferentes colores, que iban a parar a un cuerpo central o maquinaria, provista de complicados resortes. De la máquina, por el lado opuesto a aquél por donde entraban los tubos diversos, en número de cien tal vez, salía un solo tubo, angosto, rematado por una boquilla. Rahn estudió todo aquello con auténtico pasmo. Leyó sobre el metal del aparato:

«TRANSFUSOR DE FACULTADES.

PROPIEDAD DE

KRON
OS-KAHN»

Era una indicación obvia, a todas luces reveladora de la soberbia de su dueño. Rahn estudió el mecanismo en silencio, sin comprender absolutamente nada de su utilidad.

Luego, muy despacio, miró a Áurea, encogiéndose de hombros.

—No lo entiendo. ¿Para qué podrá servir esto?

Ella reveló su ignorancia absoluta. Pero en silencio le señaló a la bóveda, donde unas letras doradas, en enormes caracteres, pero salpicadas a gran distancia la una de la otra, a causa del gran volumen de la sala, iban diciendo, leyéndolas en sentido circular:

«MUSEO VIVIENTE DE LA HISTORIA EN LA ISLA SIN TIEMPO,
KRON
OS-KAHN,
2450»

—Ahí parece que se acordó del tiempo —sonrió Rahn, pensativo. Se estremeció, sin saber por qué. Aquello de, «museo viviente» no acababa de gustarle. Parecía sonar siniestramente…, ocultar algo horrendo e indescriptible—. Pero ¿dónde se habrá metido nuestro buen amigo Kronos-Kahn?

Se habían acercado a uno de los extremos de la sala, donde no había muro fluorescente ni conductos plásticos. Una gran puerta allí formaba arcada, sumida en sombras. Áurea iba a acercarse a la hoja metálica, que sin duda por ojo fotoeléctrico funcionaría a su sola presencia, cuando Rahn la paró en seco, aferrando su brazo con violencia y tirando de ella hacia si. La pegó materialmente a la pared y susurró:

—¡Chist, quieta! ¡Algo está sucediendo ahí!

Señalaba la cámara de los cien tubos plásticos. Áurea, desconcertada, miró hacia allí también. Ambos jóvenes, ocultos por la zona de penumbras, no eran visibles desde el resto de la sala. Asistieron, atónitos, a lo que ocurría…

Junto a la máquina central se abrió súbitamente una escotilla del suelo, surgiendo una densa nube de humo azul, un chispazo…

Cuando la humareda se disipó, una cápsula trasparente, de forma oval, estaba en pie junto a la máquina. Y dentro de la cápsula

se hallaba un hombre en pie, rígido como un autómata:

¡Arístides Carrell… o Kronos-Kahn!

Rahn contemplaba fijamente la escena. Vio cómo el «Amo del Tiempo», con su leonina melena blanca, volvía lentamente a la vida. Se abrió la caja ovalada, trasparente, y salió de ella Kronos-Kahn, con una sonrisa radiante de superioridad y triunfo. Contempló el lugar en torno suyo. Parecía la efigie misma de Satán. El orgullo, la soberbia y su diabólica sed de poder se reflejaban en su rostro terso, como una máscara demoníaca y perversa.

Agitó sus brazos al aire, creyéndose solo, y gritó cor voz potente, hueca:

—¡Yo, vuestro amo y señor os saludo! ¡Kronos-Kahn ha vuelto al lugar donde nadie puede hallarle ni atacarle, por los siglos de los siglos! ¡Kronos-Kahn, vuestro poderoso señor, os anuncia que pronto vais a inyectar en él, en su físico y en su mente, toda la sabiduría que acumulasteis a lo largo de la existencia del mundo, para hacer de él un hombre nuevo y poderoso, el auténtico «superhombre» de todas las épocas!

Parecía delirar. Se acercó a la máquina, pulsó unos resortes, y la fluorescencia de las secciones poliédricas del gran muro tomaron un color azul, intenso. Rahn tuvo que dominarse terriblemente, para no lanzar un grito. Rápido, cubrió la boca de Áurea con su mano, a tiempo justo de evitar su chillido de horror ante el inaudito y alucinante espectáculo.

Jamás ser alguno había llevado tan lejos su poderío. Jamás Rahn Starr vio cosa tan increíble ante sus ojos. Comprendió el espantoso significado de la frase «museo viviente de la historia». Y comprendió también la loca idea de Kronos-Kahn, su auténtico plan ingente, capaz de revolucionar al globo entero y ponerlo en sus manos dócilmente…

Pudo ver las figuras rígidas, encerradas en las cajas poliédricas, tras el muro de vidrio reconoció las indumentarias, de diferentes épocas, separadas por siglos de distancia. ¡Allí, en aquel circulo alucinante, jamás visto por hombre alguno, Rahn descubrió a Ramsés II, faraón de Egipto antes de Cristo, a Sansón, el enemigo poderoso de las filisteos, con su gigantesco cuerpo de titán; a Julio César, frío y altivo, a Napoleón Bonaparte, a Abraham Lincoln, a Pasteur!… ¡Todos y cada uno de los genios políticos, militares,

científicos o artísticos de todos los tiempos «raptados de su lugar en el tiempo por Kronos-Kahn», y conducidos entonces a su fabuloso Museo de la «Isla sin Tiempo»!

¡La más imposible colección de seres humanos gigantescos, de colosos de la historia, raptados por un vesiánico genial y temible! ¡Ésa era la obra titánica, inconcebible y aterradora de Kronos-Kahn!

Y ahora, mientras aquel loco asombroso agitaba sus brazos, soberbio ante tanta grandiosa figura de la Historia del Mundo, sometida a su capricho, iba calando en su mente lo que el fanático gran hombre del siglo XXV pretendía. Acaso lo que había creado ya. Un ingenio, una máquina, capaz de convertirlo en el ser humano más poderoso de todas las épocas. Compendio de tanta sabiduría, de tanto valor, fuerza e inteligencia como podían reunir Ramsés, Alejandro Magno, Sansón, Bonaparte, César…

Aquellos tubos plásticos, cada uno de los cuales terminaba en una de las cámaras poliédricas trasparentes de los prohombres de la historia… ¡iban a servir para transmitir a la máquina las facultades, físicas o mentales, de los seres allí coleccionados! ¡Y de la máquina, todo aquel poder ingente iría al cerebro, a los músculos, a la persona entera de Kronos-Kahn, transformándole en un auténtico coloso en todos los órdenes!

Una transfusión alucinante de poderío. Inteligencia, valor, fuerza y sabiduría…

Y el resultado: un «superhombre», compendiando todo el saber y la fuerza humanas.

Demasiado horrible, pensó Rahn. Vio cómo Arístides Carrell, o Kronos-Kahn, se disponía a efectuar aquella prodigiosa y terrible alquimia. Estaba conectando los tubos, acaso para absorber las facultades de sus cautivos. Éstos no se movían, como si fuesen estatuas o cuerpos sin vida.

De pronto empezó a suceder algo. Algo sorprendente, que Kronos-Kahn no esperaba.

«¡Las figuras de los grandes hombres de la Historia estaban disolviéndose…, desaparecían!».

—¿Eh? Aulló Kahn súbitamente, dilatando terriblemente sus ojos. —¿Qué es esto? ¿Qué os sucede? ¡No podéis desaparecer ahora! ¡No es todavía tiempo!

Pero, pese a sus frenéticos manejos, se diluían. Rahn contempló

por última vez, absorto, mudo de asombro, aquel espectáculo único, que jamás volvería a repetirse por los siglos de los siglos.

Los grandes hombres de la Historia de la Humanidad desaparecieron. No quedó nada de ellos, nada en absoluto. Kronos-Kahn lanzó un alarido terrible. Rahn observó, atónito, que ahora no parecía tan viejo, que se agitaba y movía como un hombre vigoroso, fuerte y joven, pese a sus cabellos blancos y su senectud. Estaba chillando, chillando hasta enronquecer:

—¡Volved! ¡Volved todos, malditos! ¡Regresad! ¡Vuestro amo os lo ordena… o volveré a vuestras épocas, a arrancaros otra vez a vuestro siglo de vida! ¡Es una orden! ¡Es la orden de Kronos-Kahn el poderoso! ¿Oís?

Nadie le escuchaba. No había nadie tras las vitrinas de su alucinante museo. El poderoso «Señor del Tiempo» corrió de un lado a otro, como loco. No parecía entender lo que ocurría. Rahn tampoco.

Siguió un momento de silencio, durante el cual ningún ruido llegó a oídos de Rahn y de Áurea, encogidos por el horror en la oscuridad, salvo los sollozos del superhombre derrotado inexplicablemente te… y un leve

tic-tac

que hizo fruncir el ceño a Rahn. Él no llevaba reloj consigo. Se lo habían quitado de la muñeca cuando le hicieron partir hacia la «Isla sin Tiempo». Pero aquel

tic-tac…

De pronto recordó. El llavero seguía en su bolsillo. Un pequeño y gracioso llavero, regalo de Jane para su cumpleaños. Colgaba de él un gracioso muñeco. Pero en realidad el muñeco era un relojito pequeño y automático, siempre en funcionamiento.

Nadie había pensado en ello, ni él siquiera. Por eso, al registro telepático de su mente, por si llevaba relojes consigo, resultó negativo el resultado… y llevaba un reloj.

—Áurea —susurró—. ¿Qué sucede, si un reloj entra en la «Isla del Tiempo»?

—Dicen que nunca ocurrió. Pero si eso sucediera… se rompería la armonía, el equilibrio logrado entre espacio y tiempo… y la isla pasaría a depender del mismo tiempo que controla todos los actos humanos en el Universo.

—¡Dios mío! —Rahn, sudoroso, inclinó la cabeza—. Entonces…

—Entonces, según se cree, los que ocupen este lugar volverán a sus respectivos lugares en el tiempo, la isla desaparecerá para siempre, porque rota su armonía no puede subsistir en el punto del espacio-tiempo situada… y el poder ingente de Kronos. —Kahn se hundiría. Pero nadie puede pasar un reloj. ¿Cómo traerlo hasta aquí?

—Ahora se explica todo, Áurea… —jadeó Rahn—. Yo he traído un reloj conmigo…

Ésta, vez Áurea lanzó un chillido, asombrada y llena de horror, Rahn no pudo evitarlo. Y Kronos-Kahn les descubrió.

—¿Eh? —aulló, saltando hacia ellos como un poseso, llameantes los ojos—. ¿Quién está ahí? ¡A mí la guardia! ¡Salid, intrusos!

No acudió guardia alguna. Rahn y Áurea salieron lentamente de las sombras. El joven reportero avanzó sin asustarse, recto hacia Kronos-Kahn, que le miró, alucinado.

—¿Sois vosotros? —rugió—. ¿Cómo os han dejado mis hombres llegar hasta aquí? ¿Qué sucede en la isla hoy…? ¿Por qué hablo yo del tiempo, por qué? ¿Por qué desaparecen mis personajes, la mejor colección que jamás existió? ¿Que ocurre?

—Ocurre, Kronos-Kahn, que has perdido la partida. Como le ocurre siempre al que pretende llegar más lejos de lo que Dios, su Creador, le concedió al nacer. Hombres nacimos y hombres tenemos que morir, no creando superseres en nosotros. Yo, Kahn, tú más pequeño enemigo, te he vencido. Con la más insignificante de las armas. Con el elemento que tú creías dominar mejor… con tus propias armas, según la profecía.

—¿Eh? ¿Tú… vencerme? ¡Estás loco! —aulló Kronos.

—¿Loco? Es posible —sonrió, sacando lentamente su llavero—. Pero mira esto, Kahn. Un llavero. Un simple y diminuto llavero… con un reloj dentro.

—¡Noooo! —chilló, lívido, el superhombre. Miró, desorbitados los ojos, a la máquina. Ésta estaba acusando, con intermitencias de luz roja en un indicador, la presencia del mecanismo del tiempo, que rompía toda armonía creada en aquel espacio al margen del tiempo—. ¡Maldito! ¡Maldito seas! ¡No lograrás destruirme! ¡No lo lograrás!…

Rahn se hizo atrás cuando Arístides Carrell, o el «Amo del

Tiempo», se le arrojó encima con violencia. Cayó como un tigre sobre él, le abatió en tierra, como si en vez de un anciano fuese un hombre joven y vigoroso. Rahn tuvo el tiempo justo de tirar a las manos de Áurea su reloj. Luego se aferró a Kahn, y luchó con él violentamente.

Recibió varios golpes fortísimos del enloquecido personaje. Pero replicó con virulencia, doblándole con dos tremendos impactos. El otro entonces pugnó por descargarle un feroz cabezazo en el vientre. Rahn lo evitó, descargando un golpe de rodilla a la cabeza de su enemigo. Luego le sujetó por el pelo y le soltó un demoledor impacto al mentón.

Ocurrió algo asombroso.

Kronos-Kahn saltó atrás, impelido por el mazazo…, pero dejó su hermoso cabello blanco en las manos de Rahn. Éste, atónito, contempló la cabellera crespa, de un negro azulado, de su enemigo… y le identificó. A pesar de sus ojos falsos, de vidrio superpuesto a los suyos. Pero aquel cabello, aquella juventud…

—¡Tamak! —gritó, estupefacto.

Entonces comprendió por qué nunca llegó a ver juntos a Tamak y a su extraño patrón. En realidad, siempre habían sido los dos una misma persona. El simpático, el cordial e inteligente Tamak era el propio Kronos-Kahn, con su aspecto real.

El joven que hasta entonces se mantuviera oculto bajo el disfraz trató de incorporarse de nuevo para atacar a Rahn. Pero entonces sobrevino la hecatombe.

El suelo tembló bajo sus plantas, se estremecieron los muros de la «Isla sin Tiempo»… ¡y Kronos-Kahn comenzó a desintegrarse!

—¡Noooo! —aulló—. ¡No quiero volver a mi lugar en el tiempo! —Rugía Tamak—. ¡No quiero perder mi isla, mi poderío…! ¡Malditos…, malditos seáis todos…!

Luchó en vano por seguir con forma en su isla alucinante. Se había evaporado. Rahn mismo se advertía en plena desintegración. Y Áurea comenzaba a diluirse, con ojos de Intenso horror, mirándole fijamente.

—¡No, Kahn! —gimió ella—. ¡No quiero desaparecer…, no quiero quedarme en mi época, y que tú vayas a la tuya! ¡Te perderé para siempre!

—Tiene que ser así, Áurea —dijo Rahn roncamente, muy pálido

—. Yo también voy a recordarte por siempre… y lamentaré no poder reunirme contigo en el tiempo… Paro compréndelo, Áurea. Es contrario a las leyes del Universo y del curso de los mundos… No podíamos ser el uno para el otro…, separados por quinientos años de distancia…

—¡Pero yo te amo, Rahn! ¡Te amo locamente!

—Y yo a ti, Áurea… Te amo como jamás amé a nadie. Pero ha de volver. Volver a mi mundo, con los míos…, para casarme con una chica a quien no quiero… Sin embargo, habrá algo hermoso en nuestro amor. Yo sé que, con el tiempo, llegaré a estimar a la que va a ser mi mujer. Es una buena chica, que sólo tiene de malo el exceso de dinero —sonrió—. Me apresuro, Áurea. Queda poco tiempo. Noto que las ideas escapan ya de mí. Esta isla perece. Kahn ha vuelto a Universia. Seguramente le juzgarán o le matarán sus enemigos. Tú… te quedas aquí, en tu mundo. Yo me voy al mío. Y allí, a una distancia imposible de ti, en un lugar del tiempo donde jamás podremos reunimos tú y yo, pensaré en ti todos los días, te recordaré por las noches, mirando a las estrellas, y diré que fuiste lo más hermoso que cruzó por mi vida, Áurea…

—¡No te vayas, Rahn! ¡Nooo! ¡Toma tu reloj! ¡Es tuyo, Rahn!…

Guárdalo tú, Áurea. Al menos tendrás un recuerdo. El reloj que simboliza el tiempo mismo es lo único que puede saltar la gran barrera y quedarse contigo. Pero yo no, Áurea. Yo no… ¡Adiós, amor mío!

—¡Adiós para una eternidad…, Rahn!

—Nos reuniremos después de esta vida… cuando quinientos años no signifiquen nada, Áurea…

Perdió la conciencia. Todo se borró en él. Áurea, su maravillosa belleza, toda ella, se hundieron en una sima de negrura ante sus ojos. Y él mismo cayó a esa negrura, pareció alejarse de la «Isla sin Tiempo», de Universia, del siglo XXV, dando tumbos por el espacio, por el tiempo sin fin ni principio…

FINAL

Ramsés II miró en torno con un suspiro. Debía de haber soñado, no había duda. El sol rojo seguía ocultándose, ya casi por completo, tras las colinas de Tebas. Las columnas del templo de Abu-Simbel se alzaban orgullosas ante si. Pero ni rastro del extraño hombre vestido de verde.

Rió el faraón de Egipto, divertido por su alucinación. Y regresó lentamente a la terraza, para seguir contemplando la tarde perezosa de Tebas, a través del polvo dorado que levantaban los campesinos a su regreso de la diaria labor.

—A veces uno imagina cosas divertidas —musitó, por todo comentario.

Y olvidó para siempre el incidente. No supo más de él.

* * *

Balan starr proyectó su película en la televisión.

Fue la muerte del verdadero Arístides Carrell, porque ya no surgió ninguna contrafigura. El rollo del film lo encontró Rahn en su bolsillo. Tal y como estuviera todo antes de…

Suspiró. Debía olvidar todo aquello. Vivir el presente, no el futuro imposible.

Tomó el teléfono. Tenía que llamar a Jane. Pedirla perdón, urdir una explicación plausible… La vida seguía. Siempre ocurría igual.

Pero no llamó. Dejó de nuevo el auricular. Tendría tiempo de llamar más tarde. Se retrepó en su despacho de la emisora, dejando de clasificar fotografías para el telenoticiario de última hora, y fumó en silencio.

Iba a ser difícil adaptarse, pensó. Muy difícil. Solamente a él podía ocurrirle una cosa así: enamorarse de una muchacha y resultar que le separaban de ella quinientos años…

El zumbador sonó. Conectó, preguntando por el intérfono:

—¿Qué ocurre, ahora? No quiero que nadie me moleste.

—Perdone, señor Starr. Pero una señorita quiere verle, para devolverle algo que ha perdido usted. Lo encontró en la calle y…

—Diga que se lo dé a usted, y no me moleste. Gratifíquela a su gusto —cerró el intérfono, irritadísimo.

Éste volvió a zumbar. Conectó de nuevo, muy enfadado y gritó:

—¿Qué mil diablos quiere ahora? ¿No le he dicho que…?

—Perdone, señor Starr, pero insiste en verle dice que el objeto perdido es un llavero con un reloj y que usted querrá seguramente…

—¡Al diablo! ¡Le he dicho que yo no…! —Se detuvo. Palideció, a la vez que un frío intenso recorría sus huesos. Chilló de súbito—: ¿Cómo ha dicho?

—Que es un llavero que lleva un reloj muy original y…

—¡Infiernos! ¿Por qué no lo ha dicho antes? —estalló—. ¡Hágala pasar!

Cerró el intérfono y se incorporó de un brinco.

No era posible, claro está. Solamente que el reloj no había podido ir a otro lugar en el tiempo, y alguien dio con él, donde le correspondía estar…

La puerta se abrió. Rahn lanzó mía exclamación… Se tambaleó, sin poder dar crédito a sus ojos.

—¡Áurea! —musitó—. ¡Tú…!

La joven, con un traje moderno, ceñido a su figura, le sonrió desde la puerta. Los ojos exóticos, color ámbar, el cabello negro azulado. Era ella. Le tendía el llavero.

—Señor Starr, esto lo he encontrado en la calle. Vengo a devolvérselo cerró tras de sí la puerta, sonrió luego, arrojando el llavero a las manos de Rahn. Y añadió, radiante: —Rahn… El milagro ha ocurrido… Creo que el tiempo también puede equivocarse. Y aquí estoy… Me ha dejado en un lugar que no me corresponde. Pero soy feliz. ¡Quiero vivir tu maravillosa época, Rahn!

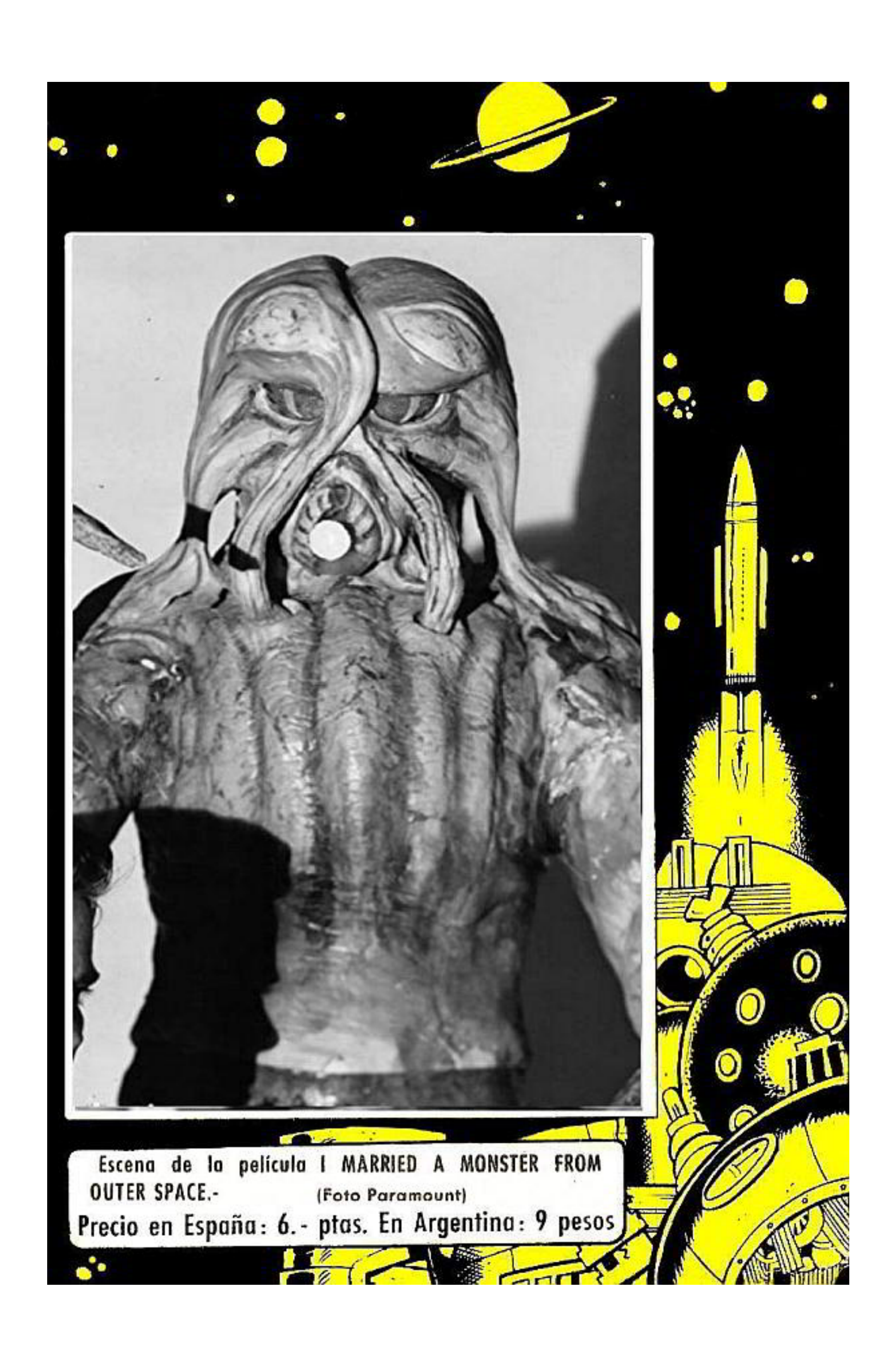
—Criatura… ¡Dios nos escuchó a los dos! —La abrazó contra sí

con fuerza—. Después de todo, no puede extrañarnos… Él sí que es el verdadero, el único «Amo del Tiempo», de la Vida y de los Hombres…

Se unieron sus labios de nuevo. Pero este beso era ya por completo del siglo XX.

Áurea Skor parecía haber ganado definitivamente su derecho a vivir en un tiempo diferente. Pero maravilloso para los dos.





Escena de la película I MARRIED A MONSTER FROM OUTER SPACE.- (Foto Paramount)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.